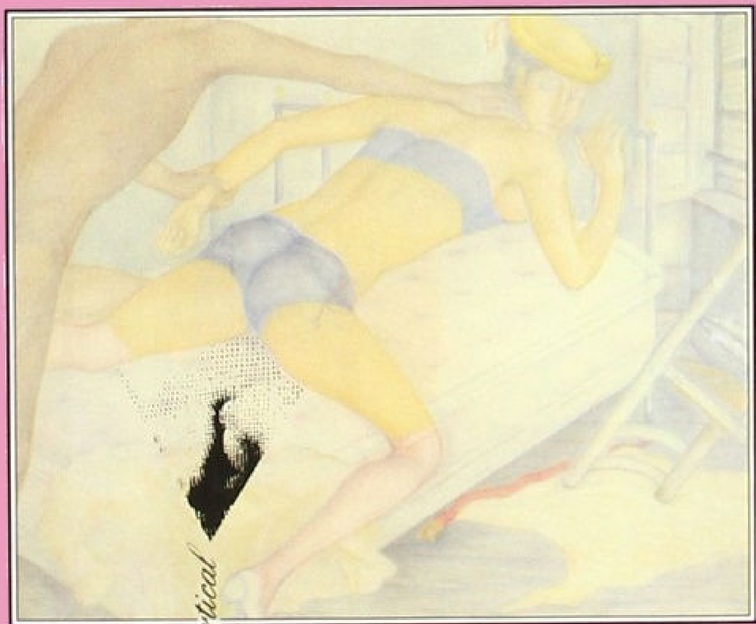
Pierre Klossowski

La revocación del Edicto de Nantes



La sonrisa vertical



Las perversas leyes de la hospitalidad —que Octave, anciano teólogo, *voyeur* y esteta, marido de Roberte, ha decidido que su esposa practique con cualquier extraño— llevarán a ésta no sólo a entregarse a cuantos la deseen, sino a cometer la herejía más osada. A través de los diarios que ambos escriben, asistiremos a las extrañas ceremonias de las que Roberte, apresada por la mirada de su marido, que la contempla como si fuera uno de los cuadros eróticos que atesora, será la ambigua víctima. Sus recuerdos de algo terrible que le ocurrió en Roma el año anterior, su reencuentro con el inquietante Vittorio, y los reclamos de caricias que la acometen en su propia casa o en las calles de París, van empujándola hacia una sexualidad que transgrede toda prohibición y toda moral establecida.



Pierre Klossowski

La revocación del Edicto de Nantes

La sonrisa vertical - 108

ePub r1.0

Titivillus 29.11.15

Título original: *La révocation de l'Édit de Nantes*
Pierre Klossowski, 1953
Traducción: Juan García Ponce

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Tened cuidado entonces de la manera en que escucháis: porque se le dará a aquel que tenga, pero a aquel que no tenga se le quitará hasta lo que crea tener.

Lucas 8, 18

Diario de Roberte

Febrero de 1954

Heme aquí de regreso a la dulce, vieja costumbre, que data de mi infancia, de llevar un cuaderno de «libre examen»: demasiado fuertes son esas imágenes de hace diez años; parece que, en vez de atenuarlas, mi vida conyugal con Octave las reanime. Él se refugia en la garita del confesor; yo, yo sé que tú me escuchas sin necesidad de intermediarios, oh Maestro, que no querías ni siquiera que uno te llamara «Buen Maestro». ¿No nos decías tú que sólo Dios es bueno? ¿Equivalía eso a enseñarnos a desconfiar de la bondad, de la justicia y de la verdad para vivir como… idólatras? ¿No querías más bien exhortamos a ignorar todo dios y sin embargo vivir en el bien, la justicia, la verdad? Oh tú, enemigo de todo ídolo, hasta el punto de liberarme de aquel en quien querían convertirte, ¿nos hacías desconfiar de toda bondad, justicia y verdad inmutables, la peor de las idolatrías? Y en tanto que ninguna de las tres no sabría ya apartarse de un dios, ¿no conviene buscar sin cesar en nosotros mismos lo que es bueno, justo y verdadero? Tú, cuya muerte permite a todos decir al fin: «Yo soy la verdad»; tú, cuyo suplicio se utiliza para justificar el holocausto de nuevas víctimas; tú, cuya cruz protege la buena conciencia de todos los satisfechos y la extraordinaria paciencia de los hambrientos, recibe ahora el fruto de tus enseñanzas. Ojalá pueda yo poner en práctica tu sublime palabra: «Dejad que los muertos entierren a los muertos»… De acuerdo con la exégesis que intento realizar ahora: dejemos que los remordimientos entierren a los remordimientos.

Diario de Octave

In gestu nonnulli putant idem vitium inesse quum aliud voce aliud nutu vel manu demonstratur.

Quintiliano, *Institución oratoria* (I, V, 10)

Enero de 1954

«Algunos piensan que se comete solecismo también con el gesto cada vez que, mediante un movimiento de la cabeza o de la mano, uno da a entender lo contrario de lo que dice». ¿A qué se refiere esta frase de Quintiliano, que uso como epígrafe del catálogo comentado de mi colección de cuadros? Supongo que al tema de más de una de las obras del maestro desconocido que figuran en mi colección.

En principio, uno no ve muy bien la relación establecida entre el gesto y la palabra, sobre todo cuando no se trata sino de algunos gestos que vemos esbozar a varias de las figuras representadas. ¿Dónde entra aquí la palabra? Sin duda en aquello que el pintor supone dicho por sus personajes, no menos que en aquello que dice el espectador que contempla la escena. Pero si se comete solecismo, si las figuras *dan a entender* mediante cualquier gesto algo opuesto, entonces es necesario que digan algo para que ese opuesto se perciba; pero pintadas, callan; ¿hablará por tanto el espectador en lugar de ellas para percibir lo opuesto al gesto que les ve esbozar? Nunca se sabrá si, al haber pintado semejantes gestos, el artista quería evitar el solecismo; o si, al contrario, al pintar y elegir determinadas escenas buscaba demostrar la positividad de un solecismo que sólo se evidenciaría mediante la imagen.

El tipo de mujer que en particular parece preferir nuestro artista es el de la segunda mitad del siglo pasado. Es natural: el artista tenía poco menos de treinta años cuando la

Comuna. «Preferir» aludiría en este caso a la propensión de su único admirador, yo mismo —aunque sexagenario—, emocionado por ver sobrevivir, gracias a su indiscreto pincel, el tipo de belleza del Segundo Imperio cuyo prototipo encamó nuestra emperatriz Eugenia (*cf*. Winterhalter) o representó la gran *Dame* del primer Monet, o, todavía mejor, las *Demoiselles de la Seine* de Courbet, con quien Tonnerre se reunió en Ginebra. Hoy este tipo de bellezas parece totalmente suplantado por el de la —industrializada— *pin-up*, de la *vamp-vedette*, pero aquí y allá uno la ve reaparecer, procedente de ciertos medios sociales —¡oh bienaventurados hospitales públicos!—, y ya ejerce de nuevo su atractivo sobre la más reciente generación. No hay más que ver lo que ocurre en mi propia casa: a Roberte, mi joven y puritana esposa, que trae por los caminos de la amargura a Antoine, nuestro joven sobrino. Muy pronto dejaremos, si no me equivoco, el ideal de la mujer «exotizada» —¡al diablo sus playas, sus islas «paradisiacas», horrible Gauguin, al diablo sus *Nourritures terrestres*!—, y se volverá al gusto por las fisonomías más sobrias, más decentes, en fin, más clásicas, porque entre nosotros, los occidentales, herederos incurables del «maniqueísmo» agustiniano, el atractivo se encuentra precisamente en la apariencia austera del rostro, disimulando —y vaya que eso importa— encantos tanto más exuberantes. (El canónigo V., mi primo, tiene toda la razón: niega la comunión a esas damas de brazos desnudos, a no ser que se presenten enguantadas hasta el codo). E incluso nuestro artista parece preconizar, como se verá, ese emblema de la disimulación; la doblez de esa criatura corre parejas con la impostura del arte, en particular del arte de Tonnerre. En los temas que representan los pocos cuadros que he podido salvar, se evidencia una propensión hacia las escenas en las que la violencia se debe a un sabio desvelamiento —no a lo desvelado, no a la desnudez, sino al instante menos pictórico en sí: el ojo se complace en descansar en un motivo sin historia, y, en cambio, nuestro artista parece contrariar ese reposo de la mirada sugiriendo a la mente lo que la pintura

oculta—. Pero como el pintor no deja de ser un conocedor absoluto del espacio en el que se sitúa, en tanto que volumen, el objeto de su emoción, esa visión sugestiva hace pender a su arte del gesto en suspenso, y ello hasta el grado de que uno podría creer que ha pintado sus telas a partir de «cuadros vivos». En efecto, si el género del cuadro vivo no es más que una manera de comprender el espectáculo que la vida se da a sí misma, ¿qué nos muestra ese espectáculo sino a la vida reiterándose para volver a asirse en su caída, como reteniendo su aliento en una aprehensión instantánea de su origen?; pero la reiteración de la vida por sí misma sería desesperada sin el simulacro del artista que, al reproducir ese espectáculo, llega a liberarse él mismo de la reiteración: ése fue, moralmente, el intento de Flaubert en *La educación sentimental*…

¡Qué tautológico suena hablar de «cuadros vivos» a propósito de cuadros! ¿No hay siempre un «cuadro vivo» anterior donde hay un cuadro? ¡Sí y no! Mentalmente, para el artista, el tema pasa por el «cuadro vivo» antes de llegar a la tela. Pero ahora yo entiendo, en el caso de Tonnerre, la fascinación que pudo ejercer sobre él ese género falso en sí, tan de moda en su época. Entonces se realizaba el proceso inverso; uno se inspiraba generalmente en un cuadro célebre, vivo en la mente de todo el mundo, para reconstruirlo con frecuencia en un salón, con la participación de personas, actores improvisados, y se divertía mostrando, con gran fidelidad en los gestos, las poses, la luz, el efecto que se suponía producido por la obra maestra de tal o cual artista. Pero no se trataba simplemente de una imitación del arte por la vida —ése no era más que un pretexto—. La emoción que se buscaba era la de la vida que se da en espectáculo a sí misma, la vida que queda en suspenso…

Diario de Roberte (Continuación)

Febrero de 1954

… ¿Cómo reconstruir la escena de «la grave ofensa»? En vano releo lo que había podido anotar en el otoño de 1944, en la propia Roma, una vez recuperada de mi emoción. Sin duda perdí fragmentos al regresar a París, después de la liberación de la ciudad, y ya no tuve fuerzas para contar nada. Esas imágenes son demasiado ardientes; esperaba verlas consumirse en el olvido; han resurgido de sus cenizas… Será necesario que reúna un día u otro esas «impresiones romanas», que me arme de valor para revivirlas una vez más todavía y así curarme para siempre…

(IMPRESIONES ROMANAS, PRIMER FRAGMENTO)

Roma, otoño de 1944

… Confieso que al entrar así, con el rostro cubierto con un antifaz, las manos enguantadas, pero por lo demás ataviada muy ligeramente, en ese lugar alto, abovedado y oscuro donde sólo estaba encendida una lamparilla que difundía una pálida luz, tuve un primer temblor —oh, sí, bastante agradable, y que era como un anticipo del que me reservaba Vittorio—, desnuda en esa oscuridad espaciosa o, más bien, dispuesta a dejar caer la capa que aún me envolvía para bañarme en las tinieblas, al encuentro de una mano. Sabían que yo me hallaba ahí a esa hora, así vestida, y no estaba segura de que no vigilaran mis gestos; pero si el que estaba encargado de ello se encontraba efectivamente allí, ¿participaba en ese mismo instante de mis emociones?, y ¿no

se sentía también él a punto de perder el control? Allí estaba yo, con el corazón latiéndome ante la idea del acto que iba a ejecutar, olvidando todo lo que ese acto significaba, todo salvo el éxito o el fracaso de mi acción. Para decirlo de una vez, no había pensado siquiera remotamente en la posibilidad de una sola presencia, ni siquiera en la realidad de una ofensa, cuando de pronto me pareció distinguir a alguien sentado en los bancos desiertos y vi, cada vez con mayor claridad, que se trataba de una viejecita. No estaba delante sino detrás de mí, podía verme y tuve vergüenza. ¿Debía irme? ¿Esperar? Un instante después se levantó y se deslizó lentamente hacia el altar, donde prendió un cirio. De inmediato me hice a un lado y me arrodillé en un confesonario, el único que había en esa pequeña capilla. Apenas me hube instalado —pero ¿quién podía esperar eso a semejante hora, en pleno toque de queda?— cuando, a través de la rejilla, me llegó un susurro: «Roberte, no se mueva». Obedeciendo las órdenes, tal como me habían recomendado, me atreví a preguntar: «Padre, ¿puedo confesarme?». Se oyó un suspiro que muy pronto degeneró en una ahogada risa loca, y la voz me dijo: «Es usted demasiado bella. ¿Ha olvidado lo que tiene que hacer?». «Por eso estoy aquí, padre». «¿Para qué vestir tal atuendo en semejante lugar?». Me callé, consternada. Evidentemente, me encontraba ante un espía; pero podía ser tanto uno de los nuestros como de los de ellos. «Tranquilícese», dijo la voz, «y no olvide su papel». «¿Mi papel?». «… Es actuar, con o sin testigos. Necesitamos esos documentos esta noche». «¿Qué documentos?», dije, fingiendo todavía total ignorancia. «Vamos, esa vieja no debe turbamos». «¿Por qué iba a turbamos?». «Ella no le ha tenido miedo a la ronda nocturna para realizar su voto… Valor, Roberte, obre y aprovéchese del cirio que acaba de prender. Mírela, ya se va». «Me levanto, padre, deme su bendición». Después, levantándome, empecé a caminar sobre las losas del santuario, pero de repente noté que me arrancaban la capa desde el interior del confesonario. En vano la busqué allí donde pensaba que se había trabado; el interrogatorio por el que acababa de pasar

me había dejado sin fuerzas; la deliciosa sensación de los primeros momentos había dado paso al frío temor de haber caído tontamente en un engranaje que me tenía apresada.

Las tinieblas del lugar me parecieron de pronto habitadas por mil miradas; al pie del altar, el cirio que acababa de prender la vieja lanzaba una luz demasiado intensa sobre el tabernáculo. Rozando los muros, me acerqué al candelabro y soplé. Todo el santuario se sumió de nuevo en esa primera oscuridad que la lamparilla teñía de lila, cuando de pronto esa difusa oscuridad pareció condensarse y cobrar vida propia con un sordo chisporroteo. Cerca de un pilar se distinguían los contornos de un personaje demasiado gigantesco para no ser el simulacro de otro mundo: apoyado en el asta de su alabarda, vestido de lancero, con los ojos brillantes bajo su yelmo, era por completo irreal, como si hubiera surgido bruscamente del cuadro de algún viejo maestro para espiar mi propia irrealidad. Al reconocer en él a un guardia pontificio, toda seriedad me abandonó; presa de nuevo de esa especie de ebriedad que me había guiado al principio —«o todo el asunto va mal o no es más que un ensayo general», me dije; «¿no está disfrazado ése?»—, segura de no ser identificada gracias a mi máscara, me detuve para mirarlo. Casi desfallecida al verlo permanecer impávido, con las piernas separadas, su jubón prolongándose en una extraña bolsa entre los muslos, empecé a subir los escalones del altar; sin dejar de mirarlo, introduje la llave en la cerradura del tabernáculo, abrí; pero abajo, en la penumbra, él permanecía inmóvil. Avancé mi brazo desnudo hacia el interior, forrado de seda, del tabernáculo y con mi mano enguantada toqué el pie del vaso sagrado: tras levantar el cáliz con una mano, lo saqué y, tentando con la otra, descubrí bajo mis dedos el resorte secreto indicado por Von A. Hice saltar el resorte y apareció un rollo de papel; con un dedo lo extraje de su escondite, lo doblé y lo deslicé en la abertura de mi guante. Esperé un momento y, una vez más, escruté las tinieblas detrás de mí. Entonces, al no poder soportar más la indiferencia lapidaria que me mostraban, y ante la idea de que ese bello muchacho quisiera escapárseme, volqué el cáliz

y todas las hostias se desparramaron. En ese mismo instante, la alabarda golpeó el suelo tres veces; el fondo del tabernáculo se abrió e, iluminadas por una luz que penetraba del otro lado, dos manos de mujer de una blancura deslumbrante, dos largas manos tan parecidas a las mías que me asusté, avanzaron, me tomaron por las muñecas y me inmovilizaron de inmediato como si fueran de hierro. Detrás de mí, el personaje había empezado a moverse, y sus pasos lentos, casi de procesión, se confundían con las palpitaciones de mi sangre. A pesar de mi máscara, no me atreví a volverme. «Ya está», me dije, «esto es lo que buscaba realmente aquí». Porque lo que sucedería después tenía que producirse a mi espalda. Hice un esfuerzo por liberarme y, cuando comprendí que toda tentativa sería vana, mi miedo se convirtió en algo agradable: volví a verme subiendo las escaleras del altar, enmascarada, enguantada, semidesnuda, con el loco deseo de sufrir las consecuencias de mi desvergüenza. Y, en efecto, esas manos jóvenes que me apresaban cual tenazas mediante no sé qué poder —el que yo les atribuía— empezaron a desenguantar mis propias manos largas y perfectas y, tras darles la vuelta, extendieron un ungüento sobre mis palmas hasta la yema de los dedos. Yo, sin embargo, queriendo sustraerme a sus ardientes caricias, me eché hacia atrás; pero él me dominaba ya con su alta estatura, se pegaba a mi espalda y me prensaba entre sus calzas y la santa mesa. Luego acercó el misal abierto, aplicó mis dos palmas untuosas sobre una página del Evangelio, y después, sin dejarme un segundo, echó un polvo de carbón sobre el pergamino y sopló encima. Entonces mis huellas digitales aparecieron y las líneas de mis manos se encontraron para siempre impresas sobre la Palabra de Dios…

«Usted que ha abofeteado al Verbo, ¿quién es usted?».

Enfocó hacia mí una linterna de bolsillo y me vio tal como estaba: ceñida en mi ropa interior, con los hombros, los brazos y los muslos desnudos. «Triste época», dijo, «triste época», y me arrancó la máscara. «¡Cielos!», exclamó, «¡he aquí la corrupción de París-Nueva York!». Y, tomándome con

fuerza por la muñeca, me hizo girar sobre mis talones mientras decía: «De espaldas, está usted todavía mejor que de frente…».

Diario de Octave (Continuación)

Marzo de 1954

No he podido evitar volver a ver en el Louvre, esta mañana, los cuadros de Ingres, de Chassériau, después los de Courbet, pues consideraba necesario avivar ciertas impresiones para comprender el contexto en el que trabajó Tonnerre. No hay que engañarse…

La *Gran odalisca* de Ingres se sitúa en una región de paz que provoca el resentimiento de esos miserables que somos nosotros. El ambiente de «estudio del pintor» que la rodea —no queremos imaginar nada más allá— y que no sugiere menos la suntuosidad, hiriente para nosotros, del potentado ausente, ese ambiente es todavía lo único adecuado para afirmarnos contra esa «irrealidad» que insulta nuestras miserias cotidianas. «No es más que una ficción de estudio…». ¡Qué miserables somos! Es el lujo del potentado ausente el que envuelve celosamente a esa maravillosa criatura; la encontramos allí de «vacaciones», soberana en su descanso, la frente pura, ofreciéndonos por unos instantes el esplendor dorsal de su talle interminable, de sus flancos prodigiosos, de esas nalgas y de esas piernas que nos dejan atontados; su mirada nos escruta mientras adivinamos el volumen de su pecho en la penumbra de la axila, mientras seguimos la elegancia del brazo extendido sobre el muslo imponente, que se nos enseña por «debajo», en tanto que la mano desocupada, un abanico entre los dedos, está como a la espera sobre la rodilla, una pierna sobre la otra, el ojo, los labios y las falanges de los dedos como a la defensiva ante el ruido insólito de nuestras miradas, ante nosotros, los que estamos fuera; nosotros que, por tanto, no somos sino el eco de un rumor que sólo procede de ella: un rumor que sale de

la nuca, que se extiende a lo largo de la espalda y que se amplifica en los flancos hasta llegar a la gloria de la grupa. Pero no soportamos tanto y, al verlo, tenemos que descomponer las maravillas de ese cuerpo en partes para, de este modo, verlo mejor. Pensamos en el ausente, en el potentado, en su súbita irrupción, vemos que la soberanía de la bella se pone en duda mediante los gestos que la harán pasar al estado de esclava. Vemos cómo se resiste de manera natural antes de reiniciar poco a poco sus gestos dóciles, e incluso esa resistencia forma parte, sin duda, de la serie de «gestos convenidos». Vemos cómo, inaccesible a nosotros, sufre las ultrajantes caricias del potentado… Vemos, en fin, todas esas cosas que, por poco que uno se entregue a una emoción antiartística, se deducen del hecho mismo de esa actitud de abandono, la única actitud que nos muestra el artista mediante una sabia estructuración del busto y de la cadera en relieve; todas esas cosas de las que estamos excluidos por su arte, cómplice de ese esplendor que nos aparta, que nos lanza lejos del explosivo espectáculo que se desarrollará a costa de la bella, de ese espectáculo que el frío y buscado genio de Ingres debía de despreciar. Lo que él excluía no dejaba por ello de encerrar sus visiones: enfrente, en el *Sardanápalo* de Delacroix, ese elemento alcanza, debido al *pathos* de ese maestro, una expresión demasiado declamatoria. Me emociona más ver vibrar ese elemento en las desnudeces de Chassériau, en el que uno siente una especie de lucha con los remordimientos ante uno y otro maestro. Y me imagino que también Tonnerre, del que me inclino a preferir las representaciones desprovistas de «gusto», debió de dudar largo tiempo; imagino que, asustado por el destino de Chassériau, pero liberado de la noción de «lo sublime» por su frecuentación de Courbet, quien le enseñó las ventajas de usar el género ilustrativo y los estereotipos de la imaginería popular, Tonnerre se lanzó deliberadamente a ese «género maldito» que tantas satisfacciones me procura. Su *Lucrecia* parece mostrar la duda entre lo sublime heroico y el género vulgarmente ilustrativo.

Al contemplar la escena de Lucrecia, ¿somos testigos del

dilema en que se debate la heroína? Si cede, traiciona, evidentemente; si no cede, pasará por haber traicionado, porque, asesinada por su agresor, será además calumniada. ¿La vemos ceder por estar decidida a suprimirse, una vez que haya proclamado su derrota? ¿O está dispuesta a ceder antes, aunque tuviera que desaparecer después, tras haber hablado? Sin duda, cede sólo porque reflexiona; si no reflexionara, se mataría o se haría matar enseguida. Pues al reflexionar en su proyecto de muerte, se lanza a los brazos de Tarquino —como insinúa san Agustín— llevada quizá por su propia urgencia, y se castiga después por esa confusión, ese solecismo; lo que equivale a sucumbir al temor de su deshonor, como dice Ovidio. Sucumbe, diría yo, a la propia urgencia de su deseo, que se escinde en dos: la urgencia de su propio pudor desborda el pudor para encontrarse camal. Pero basta de razonamientos: todo sucede en un abrir y cerrar de ojos, el abrir y cerrar de ojos de los pintores. ¿Qué ha hecho el nuestro? Recuérdese con qué adorable discreción representó Ticiano la escena: Tarquino amenaza con un puñal y la toma del brazo. Lucrecia, inclinada ya, todavía suplica, pero ¡qué discreción hay en la actitud de los dos! Perdónenme que evoque a Ticiano a propósito de Tonnerre… Pero, en fin, este último nos muestra a Lucrecia tendida cuan larga es sobre una cama, apoyándose en un codo, con la cabeza, de perfil, levantada, una pierna extendida, la otra subiendo el muslo de manera inquietante, quizá como rechazando al agresor, pero abriéndole el camino —pensará el espectador—; Tarquino, volcado ya sobre ella, acerca su cara a las mejillas de la dama, tomándola por completo por la cintura y rodeándole el pecho con una mano, mientras que ella, con un brazo, el codo levantado y la mano abierta, trata de rechazar los labios del joven, al tiempo que deja caer el otro brazo a lo largo de su talle, hacia la parte baja de su vientre, donde su mano, con todos los dedos extendidos, no parece tanto cubrir su vergüenza, demasiado visible, como esperar…

Semejante composición sería incomprensible para cualquiera que ignore la historia de Lucrecia, y eso tendría

que saberlo todo pintor que tenga el valor de abordar todavía un «tema». No basta con que la leyenda le auxilie de antemano con su prestigio, sino que hay que volver a ganarse el prestigio reinventando la escena, eso diría uno hoy. Nada más trivial que una mujer sorprendida que se defiende, o finge defenderse, mientras cede. He aquí una de las pobrezas de este ignaro mundo nuestro que presume de buen gusto: «Antes que nada, un cuadro es un conjunto de manchas», etcétera. ¿Lucrecia? ¿Ovidio? ¿San Agustín? ¿De qué habla? ¿Tarquino? ¿Qué es eso? Realmente, no tenía necesidad de suicidarse por tan poco. No, no les mostraré este extraño entrelazamiento de reptiles que evoca la tela de Tonnerre y que quizá sea lo más logrado de esta composición, por haberse dejado guiar precisamente por la leyenda de la que trazó con el pincel la versión de Ennio: *Mirabile dictu, duo fuerunt, et adulterium unus admisit*. Pero vuelvo al detalle del rostro enloquecido de Lucrecia, a esa mano que, con el pretexto de detener la boca glotona de Tarquino, le ofrece de manera flagrante la palma, y a esa otra mano, más abajo, que en vez de prohibir el acceso al tesoro, lo diré de una vez, levanta, extiende los dedos… Lo que Tonnerre quería expresar era esa simultaneidad de la repugnancia moral y de la irrupción del placer en una misma alma, en un mismo cuerpo, y la fijó mediante esa actitud de las manos, una de las cuales miente y la otra confiesa un crimen que le llega a los dedos.

El provecho que Tonnerre saca de la mímica de las manos, a la vez plástica y moral, me había sorprendido ya cuando contemplé su *Lectura interrumpida*. No cabe duda de que estudió largamente las mil maneras en que el dorso y la palma de la mano revelan ora indiferencia, ora satisfacción tanto como sorpresa, irritación o pavor: para eso no hay más que levantar o doblar algunos dedos sobre el hueco de la mano o separar el pulgar, y reproducir en los salientes de la palma todo el comentario reflexivo de lo que sucede en otra parte del cuerpo, la inflexión del torso, el volumen de los muslos, el prolongamiento y la curva de las piernas, la posición de un pie sobre el suelo o que permanece

suspendido en el aire.

Con frecuencia, el artista agranda las manos de las mujeres que pinta para hacer más evidente lo que sienten; así intriga al espectador mucho más que exagerando las piernas y su curva. Porque poniendo el dorso de una mano delante del vello de un sexo descubierto, dándole cierta expresión a los dedos, moldeando la palma de las manos, articulando bien el índice y el pulgar, señala una agitación espiritual a partir de esta o aquella parte del cuerpo, de un volumen tangible. Ahí se puede ver precisamente hasta qué punto la mujer se pertenece todavía o ve que sus atractivos desbordan su voluntad; asistimos a interminables expropiaciones del cuerpo bajo la mirada de otro, así como a una complicidad que nace en la mujer que tiene de sí misma una imagen que lleva años combatiendo: eso explica el especial atractivo de la «mujer de treinta años»…

Diario de Roberte (Continuación)

Ya ha llegado el momento de acabar con las impresiones romanas, ahora que mi actividad pública me importa menos que la tarea, íntima por completo, de formar a Antoine, nuestro sobrino. Debido a que mi cuñada murió poco después de la guerra, y a que mi cuñado, comisario de la marina, sucumbió a los estupefacientes en Indochina, fue necesario asumir de inmediato el cuidado de ese casi huérfano; ya que no tengo un hijo de Octave, ni, razonablemente, puedo esperarlo de él, Antoine será mi hermano y mi hijo. Debo imbuir en él la mayor pureza de intención, pero también mostrarle que el equilibrio interior no se alcanza sino mediante la asunción de nuestra deuda con los desfavorecidos del mundo; evitarle los pasos en falso que he dado yo con toda mi generación: esa confusión entre el impulso aventurero y la engañosa necesidad de justicia. Pero retraso todavía el momento de acogerlo por completo en la casa. En tanto que las impresiones romanas subsistan, Octave juega con ventaja en esa competencia abierta ya entre nosotros y de la que Antoine es lo que está en juego. Quizá mi matrimonio con Octave fue el último de mis pasos en falso, imputable a la «grave ofensa»; y lo que había emprendido sin éxito en Roma —salvar a un culpable en medio de lo imprevisible de la guerra— lo reanudé en París con otros pretextos: al aportar el prestigio de mi posición —medalla de la Resistencia, comandante dé la Legión de Honor, miembro de la Comisión del Interior—, al aportar todo eso a ese viejo rozagante amenazado después de la liberación, a ese profesor jubilado de una ciencia anacrónica, el derecho canónico, a ese superviviente de los caprichos burgueses de una época pasada que las tribulaciones de la nuestra han vuelto a poner de moda, al hacer eso creí casarme con Octave por *deber*…

Diario de Octave (Continuación)

¿Qué es lo que se satisface en mí al contemplar semejantes escenas pintadas? ¿El placer que se dirige a todos, pero que nadie aceptaría si admirara esas escenas ante testigos? (Porque enseguida todos se desintegran en mil «para uno solo»…). Pues esos cuadros, para confesarlo de inmediato, realizan precisamente, con el pretexto del arte, lo que de hecho no puedo hacer en la vida con Roberte, aunque yo no dude en practicarlo, si bien en vano. Esas pinturas logran que renazca a la luz de mil miradas la emoción que suscita tal fisonomía de mujer, logran que reviva de una manera siempre nueva esa fisonomía, mientras que la necesidad que tengo de entregar a Roberte a todos tropieza con mil dificultades: las leyes de la hospitalidad que rigen entre nosotros no pueden observarse siempre tanto como uno quisiera. Pero basta a veces con una simple mirada anónima puesta sobre Roberte, con esa especie de inventario al que esa mirada procede de inmediato, con la callada suposición de sus velados encantos, para que ese gusto sea, no ya satisfecho, pero sí lo bastante intenso, lo bastante cerca de la perdición, irremediable en su intensidad. He aquí el origen de las leyes de la hospitalidad entre nosotros. Ya lo he dicho: no se comprende bien la necesidad de semejantes leyes, y la triste referencia al *voyeur* no explica en absoluto sus misteriosos mecanismos. Uno no presta un objeto precioso y raro sino con las mayores reticencias. Pero ¿cómo prestar una esposa a otros hombres? Es imposible decidirse sin sentir una comezón muy singular. ¿Les molesta ese término? Y esa comezón la comparten el marido, la esposa y los amigos. Incluso la amistad puede convertirse en obstáculo; el extraño, el desconocido, el individuo menos aceptable parecería prestarse mejor a la ocasión. Perdónenme ese uso del verbo prestar con dos sentidos diferentes. Tal vez lo siguiente pueda

aclarárselo:

Recientemente, un joven empleado de banco vino a verme por un asunto cualquiera. Roberte, ausente por lo general a esa hora, se demoraba en mi despacho. Mientras escucha en silencio las explicaciones que me dan, Roberte empieza a revisar distraídamente los papeles; pone el índice sobre una cifra y roza la mano de ese señor; insiste, de una manera perfectamente absurda, en señalar la cifra. El joven la mira sin comprender. Me vuelvo un segundo para consultar un expediente cualquiera en el armario. Levanto los ojos y me doy cuenta de que, mientras él finge inclinarse sobre la columna de cifras, ella, sentada al borde de la mesa, apoya el mentón sobre su hombro, dejando al mismo tiempo resbalar su dedo sobre la mano extendida del joven. Entonces cierro el armario y, con tono despreocupado, lo invito a quedarse a almorzar; charlaremos sobre la compra y la venta de las acciones durante la comida. Sentados los tres poco después a la mesa, en el gran comedor donde, ese día, estaba colgada *La bella versallesa* de Tonnerre —Roberte, para mi sorpresa, había decidido almorzar con nosotros, pero a fin de conservar la impresión de tener prisa, se había dejado puesto su encantador sombrero—, pregunto a ese muchacho cómo le va su trabajo. Él me confiesa que no es más que pasante en el banco, que quisiera sacar provecho de su diploma de ciencias políticas, pero que no se ha presentado a las oposiciones del Estado porque preferiría trabajar como secretario de algún parlamentario. Yo preveo enseguida el rumbo que va a tomar la conversación y, como su mirada erra sobre el cuadro, le pregunto qué le parece. Él se limpia la boca y, mientras traga una hoja de lechuga cuyo verde contrasta con su cara de pelirrojo, responde que «no está mal». Y a ese individuo que evidentemente no es de mi estilo —ahora desmenuza una miga de pan con sus largos dedos húmedos— Roberte le ofrece un empleo: la ayudará en su voluminosa correspondencia. ¿Probaría, para empezar, durante una o dos semanas? Él duda y da las gracias con mucha timidez. No se sabe si acepta; sin duda los tintes progresistas de Roberte, y su propia dependencia de ciertas personalidades más

conservadoras, son responsables de su falta de entusiasmo. Por mi parte, yo supongo que la oferta es rechazada cortésmente, o casi. Pero, sea que según mi costumbre malinterpreto lo que se dice, sea que los dos se entienden ya con un lenguaje que no es el mío, sucede que, al dejar la mesa, Roberte lo conduce hacia una antecámara, una pequeña pieza que comunica con el comedor, donde ella ha clasificado provisionalmente por barrios y distritos parte de su correspondencia electoral. Él menciona un nombre, sin duda el de algún proveedor de fondos. ¿Cómo logra ella protestar enseguida con tanta vivacidad, como si notara la menor insinuación por parte de ese muchacho aparentemente inofensivo? Apoyada contra el marco de la puerta, ella cruza los brazos, con un pie levantado hacia atrás, bajo la falda, y el talón apoyado en la moldura. Él habla de una cosa y otra. Pero ella, conservando una mano bajo la axila, adelanta la otra, con los dedos primero doblados en el hueco de la mano, después estirados, y la posa en la corbata del joven. Él, turbado, se deja hacer, pero después, cuando ella retira la mano, él la toma por la muñeca; en efecto, ella tiene ahora entre sus dedos un alfiler de corbata. «¡Cómo es posible que use semejante horror!», comenta ella mientras da vueltas entre los dedos a la cabeza del alfiler. Él bizquea, atontado, mirando las uñas brillantes de Roberte entre las que está la perla, ve el alfiler perdido sobre la epidermis de su palma; ahora, sobre todo, mira ese conjunto; y ella cierra de nuevo su mano sobre el alfiler y lo pone en la corbata, tira del nudo y extiende los dedos sobre el cuello. Él me lanza una mirada inquieta. Pero yo, poniéndole mi mano sobre su hombro, le pregunto a qué hora tiene que regresar al banco. Me responde que, si todavía tengo que hacer algunas rectificaciones, puede esperar. Le digo que no puede estar en mejor situación para informarme, y lentamente cierro la cortina. No queda más que apartar la vista de la imagen de ese pantalón azul pegado a la pierna cubierta con medias de Roberte, de ese zapato de hombre que empuja el alto tacón de mi esposa. En esas condiciones, perderse en la penumbra del corredor es el más digno de mis gestos. Desde allí mi

mirada explora al sesgo el comedor, hasta llegar a esa cortina que ondula en el umbral de la pieza. ¿Puede consolarme esa ondulación? Suena un timbre del lado de la antecámara, tan tímido que es imposible que lo hayan oído los criados. El corredor no es menos inquietante y, rápidamente, entro de nuevo en el comedor, cuando el timbre suena de nuevo, esta vez por detrás, indiscutiblemente en la antecámara. La punta del zapato de Roberte resbala bajo la orilla de la cortina. Y he aquí que su pie se levanta, se traba en los pliegues de la cortina y la arranca. En efecto, aparece Roberte, a horcajadas sobre las rodillas del joven, y él, que la hace cabalgar con flema, limitándose a zangolotearla no sin una especie de silencioso hechizo durante el cual la blusa de Roberte había resbalado hacia abajo. ¿No es notable que ella, tan contenida antes e incluso distante cuando le ofreció emplearlo como secretario, tan superior con ese gesto de autoridad de su mano sobre la corbata del fulano, esté ahora bamboleada por él, sufriendo la rodilla del indeseable entre sus muslos, las piernas colgantes, apenas rozando con la punta del pie, y luego no rozando ya el suelo, los hombros ya desnudos, despojados de los tirantes del sostén, que muy pronto se desprende como la cáscara de una fruta mientras los encajes dejan al descubierto el fecundo y jadeante pecho? Al verla buscar un apoyo con la mano, pienso en todo el tiempo que ha empleado en arreglarse esta mañana, puliendo y limándose las uñas nacaradas mientras preparaba su discurso para la Asamblea, en tanto que, ahora —con la palma de una de sus deslumbrantes manos apoyada sobre la cara del gusano—, rechaza todavía aunque provoca las tentativas de succión del joven y le ofrece un anticipo de su epidermis satinada; al mismo tiempo, apoya el codo sobre el brazo del sillón y deja colgar en el vacío la mano derecha, ociosa. ¡Pensar que ha sido preciso que sonara el teléfono, instalado en esa pequeña pieza, para que esa mano ilusoriamente desenvuelta enloqueciera y se dirigiera hacia el aparato, que Roberte intentó descolgar, atreviéndose a contestar que *yo estaba allí*! En el mismo instante, ese molusco, con un insidioso sobresalto de su informe persona, había logrado

poner su orificio bucal a la altura del pecho de Roberte, mientras que, al ver hundirse la punta de su seno en esa boca sin labios, ella misma se encabritó, de modo que dio una coz con su zapato, y la pantorrilla de la pierna derecha quedó nerviosamente salida, la otra pierna se separó, arrancando de paso la cortina, con la rodilla levantada de manera que a ese repugnante empleado, olvidando que dos horas antes era un total desconocido para nosotros, se le ocurrió por fin acariciar la parte posterior de ese soberbio muslo con una increíble fatuidad de petimetre aburrido. ¿Puede concebirse que ella sintiera entonces el aguijón de la delicuescencia tan voluptuosamente que abriera la mano y dejara caer el vociferante auricular sobre la alfombra? No era difícil salvar la corta distancia que me separaba de la antecámara. Pero ¿cómo profanar ese lúgubre santuario?, ¿cómo intervenir ante esa ausencia de rito?, ¿cómo mejorar semejante desastre? O mejor: ¿estrellar, a la manera rusa, este bello florero sobre la chimenea?, ¿arrasar esos infolios de sus estanterías? Ni el estallido de la porcelana ni el seco trueno del pensamiento podrían detenerlos… Es más, ese timbrazo, en vez de interrumpirles, les había llevado a quemar las etapas y había precipitado mi sueño en la ruina. Poco me importaba dejar que la voz del canónigo siguiera los meandros del hilo a ras del suelo, saliera del auricular y se perdiera en el vacío de nuestra abominación. Imposible contestar al teléfono como si no pasara nada y, al mismo tiempo, llamar al orden al indeseable; sin embargo, me decido a atravesar con paso rápido y firme el comedor, pues estoy resuelto a irrumpir en el cuadro. ¿Calculé mal el impulso que me lanza junto a sus cuerpos entrelazados? El auricular yace bajo el sillón donde se apoyan, la voz canóniga repite gangosamente su infatigable: «¡Roberte, es urgente!». ¿Qué hacer? ¿Llegaré, pues, a arrodillarme ante ellos? Mi frío valor me permite doblar la espalda y extender el brazo hacia el auricular bajo los muelles del sillón. Las primeras descargas arrojaban ya a Roberte totalmente sobre las rodillas del pasante, que finge hallarse completamente dormido, como si estuviera saciado de los tesoros que se

supone que sólo yo debo conocer. No obstante, cuando pronuncio: «¿Diga?», el joven se sobresalta, se levanta y, dejando caer a Roberte, desfallecida por completo, me dice que le he hecho perder su tiempo. Ni siquiera tiene en cuenta que me tapo la oreja para oír mejor la voz del canónigo en el teléfono, que me confirma que estoy definitivamente excluido de la Facultad, que me lo habían advertido demasiadas veces. ¡Y Roberte, repuesta a su vez, ya de pie, se arregla los cabellos, con los codos levantados, mientras las axilas despiden su mejor olor natural; y él se suena la nariz, se limpia y se ajusta los lentes y —¿no es el colmo?— insiste en que telefonee enseguida al banco y le diga a su jefe que se ha retrasado sólo por culpa mía, porque no he podido decidirme a comprar las acciones y que él no es el responsable de su tardanza! Me niego con mis últimas fuerzas y lo invito a pasar al comedor, donde al fin espero poder vengarme. Lo detengo ante *La bella versallesa* y le comento: «No me dijo lo que opina del cuadro…», presto a arrojarme sobre el inculto. Al ver que él se encoge de hombros y dice: «Se parece demasiado a su mujer», le propino una serie de golpes que le hacen caer los lentes. Él titubea, los quiere recoger; yo los aplasto con el talón y le digo: «Ojos para no ver, oídos para no oír», mientras bailo a su alrededor. Pero él aúlla: «¡Viejo asqueroso, digno de una puta!», y me pone una zancadilla que me lanza contra una vitrina en la que está nuestra magnífica cristalería de Venecia. Todo me cae encima y los cristales centellean hasta sobre mi bigote. Al oír los gritos nuestros sirvientes, aparece Justin, quien levanta como un edredón a mi agresor y se dispone ya a arrojarlo por la escalera de servicio cuando, surgiendo como una furia del fondo de sus habitaciones, con gran escándalo, la señora, vestida muy ligeramente, araña al valiente Justin, le arranca al vándalo de las manos y, protegiendo a éste con todos sus inconcebibles atractivos, susurra excusas: «Lo siento mucho, estoy tan apenada…», mientras él lloriquea sobre sus hombros desnudos… y, llevándolo a su despacho, nos da con la puerta en las narices. Que, enseguida, Justin se frote la mejilla, me limpie con un cepillo, me quite los fragmentos de

vidrio del cuello, que, tranquilizado al ver que no tengo ninguna herida en la nuca, se frote de nuevo la mejilla, que murmure: «¡Qué puta!», que entonces yo, por guardar las formas, me sobresalte y diga: «Justin, ¿de quién hablas?», que él responda: «¡De la señora, por supuesto! ¡De la señora!», son todas las afrentas sobre las que no queda más que hacer borrón y cuenta nueva. Y ahora, díganme, se lo suplico, ¿cómo evitar semejante caída de una visión perseguida con tantas ansias? ¿Quiere eso decir que nunca sabré defenderme lo suficiente de los aspectos negativos del día? Por otro lado, ¿cómo pasar el día sino inmerso en esa cascada de incidentes a la que nuestra nostalgia tiene la debilidad de confiar su frágil esquife? ¿No es legítimo querer preservar un espacio para aquello que apreciamos? Pero ¿dónde situar aquello que apreciamos, si no sabemos crear un espacio respirable para todos nosotros, condenados como estamos a vivir en medio de las falsas apreciaciones de nuestros semejantes? Digámoslo una vez más: la experiencia que me depara cada día mi colección de obras, imposibles de exponer, del maestro desconocido, ¿no es un engañoso derivativo de aquello a lo que aspiro: a compartir un bien tanto más inmutable cuanto que permanece incomprensible? Yo, que tengo por compañera de los días de mi vejez a esa criatura sobre cuyos encantos todo el mundo está de acuerdo, ¿tengo que entregarla a ella precisamente a las distracciones de este bajo mundo? ¿Gano algo al ver que la tratan tal como su conducta merece? ¿Seré castigado, por tanto, por proponerla como la sombra de una realidad que todavía no existe? Esta sombra, ¿no tendrá que desvanecerse también para que advenga esa realidad? Y, por ello, semejante compartir de un ser querido pero vivo no deja de guardar analogías con la mirada consagrada de un artista; la muerte confiere al prestigio de su simulacro la autoridad de un eterno beneficio. La vida misma, la vida física de mi esposa, puede desmentir la sinceridad de mi generoso acto: al prestigio de un goce gratuitamente otorgado el vulgo lo llama «favor» de una mujer que se aburre; pero nadie ve mi emoción; ésta no le cabe en la cabeza a esa raza mercantil; no puede esperar

ningún perdón; por tanto, se degrada… Es mejor ser celoso, como lo son ellos.

Diario de Roberte (Continuación)

2 de abril de 1954

Una mujer que no ama ardientemente su propio cuerpo y que no obstante quiere poseer a un hombre, y trata de conquistarlo mediante todos los recursos del alma, no lo satisface realmente como mujer: ella lo frustra incluso en relación a lo que esa mujer, por su propia naturaleza, tiene de menos intercambiable, y muy pronto logrará que, con razón, él la deteste; él no busca en absoluto un ángel. ¡Cuántas mujeres cometen semejante error, tan evidente sin embargo! El hombre no quiere esas muestras de delicadeza, desalentadoras por completo. ¿No ves, desdichada, que en tu propia complacencia en mostrarte generosa, cuantos más signos de efusión das, más impacientas a tu incomprensible compañero? Nosotras no podemos competir con el desinterés viril, a menos que poseamos una santidad que nos despoja de todo atractivo. Extraña confusión —un espíritu generoso no repara en eso— la que se produce cuando, en esas mujeres, la coquetería permanece lo bastante viva para alternar con los impulsos de sacrificio, de despojamiento consentido y añorado. Entonces no dudamos en recurrir a un chantaje reivindicador, y sólo lo usamos cuando ya es demasiado tarde: en eso Octave ha sido de una perfecta probidad, aunque en él no sea más que el «escenario» de su perversidad; durante mucho tiempo he tenido que luchar contra ese gusto por mi propia carne que perdí después de mi infancia…

Una mujer es del todo inseparable de su propio cuerpo —nuestro amor propio sufre ante la menor herida—, nada nos es más ajeno por esencia que la distinción entre lo físico y lo moral. Los hombres tienen razón cuando niegan que

tengamos un «alma» mientras apelan fraudulentamente a nuestros sentimientos de honor y de fidelidad. Pero el malentendido definitivo empieza con la idea de que, debido a eso, no seríamos más que animales. La mujer, por naturaleza hostil a definirse según el espíritu, se ve a sí misma sólo en su pasividad corporal, pero lo cierto es que su cuerpo es su alma, desde luego, y poco importa que se trate de una mujer fea: una mujer poco agraciada físicamente pero inteligente, además de que ejerce tanta más atracción sobre los hombres —que al mismo tiempo la tratan como su semejante—, y a pesar de esa disimulación o esa compensación, es siempre lo bastante mujer para guardar dentro de sí los mismos medios de que dispone una guapa; esos medios son los mismos y todos los hombres pueden sucumbir a ellos. Cosa que no permite ninguna de las simplificaciones de que los hombres se culpabilizan con respecto a nosotras; para ellos, nosotras somos sólo «consumibles», acostables y despreciables porque no los dominamos más que a costa del espíritu. Sí, Octave mío, nosotras somos por naturaleza ateas; y quizás el avance del ateísmo en el mundo contemporáneo tenga su verdadera fuente en esto: la importancia creciente de nuestra intervención, de nuestra expansión en la vida de hoy. Y, sin embargo, nuestro rechazo primitivo a *creer* es también muy diferente del hombre consciente y resueltamente ateo, tan diferente como el espíritu prevenido de este último lo es de la fe de una monja. Iré más lejos: mi propia prima, convertida a la religión romana, religiosa ursulina ahora, está más cerca de mí por su actitud que mi amiga Sarah, materialista encarnizada. El sentir de su cuerpo, que es más íntimamente inherente a la mujer que al hombre, hace también que espere más tranquilamente la muerte de los sentidos que el asceta; cuanto más cuerpo, más alma; la muerte perfecta; una nada con la que mantenemos no obstante una relación casi dulce y tierna; nuestra nada es tan cálida como nuestro cuerpo; la «sangre fría» no es sino vanidad viril.

Diario de Roberte (Continuación)

Mediados de abril de 1954

¡Cuántas veces Roberte no se me habrá aparecido con todo el desinterés, con toda la generosidad, con toda la santidad de su propia naturaleza! ¡Cuántas veces he tenido que combatir su imagen en cuanto se me imponía bajo ese aspecto! ¡Cuántas veces no he entenebrecido, ocultado enseguida, ese resplandor mediante el cual ella empezaba a escapar a las redes de todas mis sucias ensoñaciones, en momentos en que no podía impedirme a mí mismo pensar en la necesidad de un cambio total de conducta con respecto a ella! Así pues, ¿hubiéramos podido disfrutar nosotros de otra existencia en la que me hubiera dedicado a no empañar jamás la limpidez de esa alma, hasta que Roberte misma, a salvo en el seno de su incredulidad, se reconociera al fin como el campo mismo de la gracia? Pero, con respecto a la sola posibilidad de convertirme en dispensador de la gracia, ¿cómo me atrevería yo a eso, si en todo momento me apresuraba a echar leña al fuego, si, tras acabar de hacer mis oraciones a escondidas en nuestro cuarto, no bien había terminado y me había persignado, apenas había terminado ella de ponerse su largo y sedoso camisón, de inmediato empezaba yo a hablarle, a interrogarla sobre algún encuentro que no había ocurrido? ¡Cuántas veces he estado a punto de desentenderme de tan gran desorden, de tan engañosa impunidad! Entonces, bastaba a veces un estallido de risa de lo más infantil de su parte —y que, por otro lado, al prolongarse, era todo menos infantil—, o un gesto de su bellísima mano, para que todo eso se extinguiera, ante mi espantoso alivio, y la antigua luz bañara de nuevo, modificándola, toda su fisonomía; es como si el alma, un

instante entrevista pero vuelta otra vez opaca para no dar sino más relieve a ese cuerpo y precipitarlo mejor en todos los riesgos de su palpabilidad, se hubiera confundido con la epidermis de esa carne tan solicitada, y esa alma sólo siguiera presente en los temblores de la vergüenza, temblor que un alma como ésa no hubiera podido calmar sino permaneciendo en su lugar, temblor mediante el cual había llegado a reinar sobre mis sentidos y mediante el cual también yo la hacía reinar sobre otros.

Pero, todo eso, Roberte misma no puede más que ignorarlo, y no sabría delimitar las diferentes regiones, si no no sería en verdad lo que es para mí, que la destino a los otros: en efecto, Roberte jamás descubre la pureza que brilla en ella —sin duda el fondo de su naturaleza, que la llevaría a una vida de lo más sencilla y lo más alejada de la que yo le he dado—, ni la posee de otro modo que arriesgándola, por poco que reflexione en ello. Porque ella se halla enteramente en ese incesante paso de la franca pureza de los sentidos a los impuros sacudimientos del espíritu que despierto en ella, y por eso su solo nombre toma de inmediato, a mis ojos, ese fascinante matiz. Pero, en lo que a ella respecta, sólo en la derrota percibe su dignidad, en ese momento caída. Más aún: esa imagen de sí misma, reflejada por la mirada de los demás, sólo se le muestra cuando experimenta la irresistible exaltación de su necesidad de vivir, que ella cree su deber refrenar, y de su necesidad de liberarse de su dignidad, de esa dignidad que lleva como inscrita en la regularidad de sus rasgos. Pero por poco que ella acepte abandonar esa dignidad y que, más bella todavía, su austero rostro subsista como la máscara vacía de esa dignidad, ella misma, relajando sus sentidos, adquiere mi carácter; mientras que los demás, mediante esa mirada que la halaga vulgarmente al errar sobre su cuerpo, sobre sus manos, sobre sus piernas, le quitan incluso esa máscara que Roberte querría mantener, pero que ya no puede conservar sin el auxilio, indigno de ella, de esa mirada hasta hace poco extraña y ahora suya.

Precisamente en ese momento intervine, de una manera culpable y a medida que crecía en ella ese sentimiento de sí

misma y se entregaba al tipo de empleo al que yo la incitaba; porque al principio era necesario que yo ejerciera la conciencia de todo ese ir y venir, de esa manera de desasirse de su cuerpo, demasiado a sabiendas, mediante una reposesión para ella insólita, y que durante mucho tiempo yo sólo le supusiera esa conciencia, prestándole la mía sin exigir, antes de tiempo, que precediera a sus menores gestos.

¿Hay algún movimiento de la cabeza, parpadeo, fruncimiento de los labios, juego de los dedos, que no fuera en ella inseparable de ese sentimiento de sí? Pero ¿cómo lograr que estuviera alerta cuando otros la veían y un extraño la miraba? ¿Cómo incitarla a separar sus gestos de ese sentimiento de sí sin perderse jamás de vista? ¿Cómo lograr que atribuyera esos gestos a su reflejo hasta el grado de imitarse —convirtiéndose en una especie de sí misma cuya conducta dictaba la otra—, sin que no obstante jamás dudara de que obedecía a una voluntad ajena? ¿Cómo mantener la ilusión de que actuaba por iniciativa propia para que, al instante, experimentara mejor la vergüenza de haber caído en su propia trampa? En una palabra, ¿cómo darle a saborear esa vergüenza para que en adelante adquiera el hábito de satisfacer el gusto? Sin duda, la sorda necesidad de entregarse, propia de toda mujer, ofrecía con qué alimentar mi experimento. Pero lo que volvía el éxito de mi empresa más bien desesperado era que esa necesidad de entregarse, al ser demasiado natural, encerraba el riesgo de permanecer en el círculo vicioso de la naturaleza, un círculo en el que, una vez se cae dentro, no solamente la costumbre de la vida doméstica, sino también la mera decencia y todas las comodidades que la acompañan, producen siempre el efecto de limitar los sentidos e impedirles de ese modo acceder al espíritu. Era indispensable que Roberte se gustara a sí misma, que tuviera curiosidad por reencontrarse en esa que yo elaboraba con sus propios elementos, y que poco a poco quisiera, mediante una especie de emulación de su propio doble, superar incluso aspectos que se esbozaban en mi mente; para ello era importante que estuviera rodeada constantemente de jóvenes en busca de facilidades, de

hombres ociosos. Pues durante mucho tiempo, en todas las ocasiones en que ese juego fue o pareció haber sido llevado hasta el fin, dudé de que Roberte hubiera cumplido todas las reglas; más bien creo que ella nunca se entregó sin la certidumbre de estar cumpliendo su deber, y jamás, en último caso, sin pensar que de este modo me demostraba su apego. Pero ¿quién se engañaba entonces? Si Roberte no actuaba sino por abnegación, ¿no resultaba frustrada la experiencia? Si, al contrario, había sido sobrepasada de antemano, ¿adónde iríamos? ¿Habría sabido romper Roberte la suerte de cadenas que yo había forjado para ella? El resultado fue totalmente distinto. Ella nunca dejó de actuar por deber y, sin embargo, al querer cumplirlo encontró en sí misma recursos que antes hubiera juzgado repugnantes.

El hecho de que no tuviéramos hijos no podía dejar de influir en la organización íntima de Roberte, aunque hubiera aceptado renunciar a las satisfacciones de sus aspiraciones maternales. Se había convenido en considerar tales aspiraciones como insuperables. Lo dudo. No sólo se puede admitir una transmutación, sino una real y superior compensación mediante otra cosa que por lo general parece desaparecer cuando se llega a la maternidad. Eso a menos que toda naturaleza femenina sea siempre maternal, lo que, en mi opinión, no es más que una manera de hablar. Esa otra cosa de la que hablo es una aspiración fraternal, viril sin ninguna duda, que se halla en el seno mismo de la feminidad; y que, por no ser en absoluto maternal en el sentido empírico del término, en principio no es sino una cualidad tutelar, al tiempo que una capacidad de asociarse tanto para el mal como para el bien; y poco importa. En Roberte, esa cualidad tutelar estaba íntimamente ligada a su necesidad de dominar; en cambio, la capacidad de asociarse se relacionaba con algo más problemático. Uno puede advertir la necesidad de realizarse que conduce a toda mujer a buscar un yugo, de cualquier tipo. En suma, lo que la propensión fraternal reivindica entonces es ejercer un poder sobre otro ser con el pretexto de protegerlo. Pero, ese poder, ¿cómo puede ejercerse si no es mediante la imagen que la mujer se habría

hecho de sí misma, cosa que dicha mujer sólo sabría después de haberse entregado, con todo lo que tiene de maleable, a un dueño aún desconocido? ¿Hasta qué punto se pueden contrariar las dos tendencias?, ¿hasta qué punto se entrelazan, buscando siempre la una desprenderse de la otra? Esto, en Roberte, se veía claramente en la extraña constelación de nuestra vida doméstica.

Diario de Roberte (Continuación)

Mayo de 1954

… Dejo a Octave con sus lucubraciones y sus plegarias: allá él si tiene el inconcebible orgullo de creerse el autor de mis extravíos (pero de eso a creerse en el origen de mi temperamento…). El pobre viejo ignora de qué soy capaz sin él, pero, por más que se esfuerce en imaginar lo que me sucede y lo que él quisiera verme soportar, jamás le diré las cosas que en verdad me han sucedido y que probablemente podrían aún sucederme: nuestro Antoine lo sabría enseguida y ya no dormiría más.

En otra época, nunca habría pensado en volver sobre semejantes cosas. Hablo de aquellas debidas a Octave. Pero actualmente no puedo dejar de contarme a mí misma tal o cual incidente (ocurrido sin que se entere): nada más vulgar; pero, porque *eso* me ha ocurrido y regresa a mi mente sin cesar, trataré de buscar protección en las palabras para no tener que pensar en ello durante el día. Esta mañana, en la Comisión, estaba distraída por *eso*, nadie se ha dado cuenta, pero en fin… Ni siquiera un baño ha sido suficiente, como la vez anterior. ¿Es posible que una mujer, que sea honesta, busque experimentar una violenta sensación de vergüenza? Es pura representación: hace mucho que Octave se alimenta de eso. Para mí misma, esta búsqueda es sin duda una irrealidad; ¿o será mi honestidad la que me empuja? Recuerdo que tenía vergüenza: ¿he gozado menos por eso? Y ahora mi propia vergüenza me repugna menos en el recuerdo, tanto menos cuanto que me veo tal como me han visto esos individuos a los que tanto he gustado… ¿Quiere decir eso que, por ello, tendrían alguna importancia?… Si semejante situación se repitiera, si todavía soy honesta

conmigo misma, debo admitir que no me resistiría; y que llego (como siempre) a gozar tanto de mi deshonor como de aquellos que me llevan a él…

… Al salir de mi manicura, en la Rué Scribe, Justin, que me esperaba al volante de nuestro Buick, no pudo arrancar. Esa avería no me molestó, tenía tiempo de sobra antes de regresar al Palais-Bourbon y, como no había concertado ninguna cita en el intervalo, quise provechar ese mediodía cálido y maravillosamente soleado. Salté a la plataforma de un autobús, al azar, y me incliné hacia fuera, soñadora, viendo desfilar las tiendas, hasta que un contacto insólito me obligó a ir a sentarme en el interior del autobús… Como el hombre no dejaba de mirarme, me levanté y descendí en el Théâtre Français. Al pasar por el pórtico del Palais-Royal, entré en la galería de Montpensier. Bajo las arcadas, casi desiertas a esa hora, unos pasos se hicieron eco de los míos, se acercaron; nada más banal para una parlamentaria: alguien me seguía. El individuo, una especie de coloso gordo, lampiño, prototipo perfecto de soplón barato, se detiene a una distancia de dos o tres vitrinas cada vez que echo un vistazo a un escaparate. ¿Dónde está la nueva tienda de ropa que me había recomendado Gilberte? Finalmente, paso bajo la bóveda de la galería de Beaujolais: ahí, a la derecha, está la tienda. Pero ahora el individuo me ha sobrepasado. Empujo una puerta acristalada, me equivoco de tienda —ésta está en obras—, y el individuo entra a su vez. Aunque las personas que circulan por la calle, o que se detienen ante los puestos de libros de ocasión que hay enfrente, pueden ver por los vidrios a medio pulir que ocurre algo anormal en esa tienda vacía, nadie se fija. El coloso, con la espalda apoyada en la puerta de vidrio y la mano sobre el picaporte, me impide pasar cuando quiero salir. Entonces, por una puerta del fondo sale otro hombre, éste de mediana estatura, robusto, en mangas de camisa. Los dos se miran como si se hubieran puesto de acuerdo de antemano. El segundo se retira y deja la puerta interior entreabierta…

… Menos de una hora después, voy a sentarme en la terraza del Régence, con las sienes latiéndome. Sin duda me

tiemblan las manos, y el camarero me pregunta enseguida si me sucede algo. Sonrío, me levanto para ir a los baños, me miro al espejo; inútil maquillarme otra vez, tengo un excelente aspecto. ¿Qué puedo reprocharles? Si han disfrutado de un lamentable placer… En cuanto a mí, ahora empieza el placer. Vuelvo a la terraza y recapitulo. En la plataforma del autobús, cuando tenía la espalda apoyada contra el barandal, el brazo levantado y la mano abandonada sobre la barra, el coloso, que primero charlaba con el cobrador, me había tomado los dedos. Me fui al interior del autobús y me senté en un lugar vacío; pero él vino a sentarse frente a mí y se puso a escrutarme con insolencia. Yo estaba sentada con las manos extendidas sobre el asiento, las piernas quizá separadas, y una sonrisa erraba en mis labios mientras recibía la cálida brisa que entraba por la ventanilla abierta. ¿Conservé esa sonrisa, con los labios entreabiertos, mientras su mirada se volvía cada vez más insistente? Al menos, crucé de inmediato las piernas y junté las manos. ¡Y pensar que llevaba la insignia de la Legión de Honor en la solapa de mi traje sastre! En ese momento decidí bajarme y, lo recuerdo bien, me arranqué la insignia de la Legión de Honor y la guardé en mi bolso. Atravesé sin prisa la plaza del Théâtre Franjáis, entré en el Palais-Royal y seguí hasta llegar a la bóveda de la galería de Beaujolais… Luego trato de imaginarme por etapas el itinerario del individuo. Yo le gusté. Necesitaba tocarme los dedos y, desde ese momento, ya no tuvo posibilidad de detenerse hasta el descenso al sótano. A partir de ese contacto furtivo pero irreprimible, ¿qué escena a la vez rápida y minuciosa debió de desarrollarse en su cerebro? ¿O no tuvo, durante todo el camino, la visión de esas barras paralelas y el miedo a que se quedaran todo el día en su inútil fijeza? Después, cuando se encontró de rodillas delante de mí, entregada, reducida a la impotencia, las dos imágenes, la de la bella desconocida con la insignia de la Legión de Honor y la de esa misma mujer colgada al fin y amarrada, ¿se superpusieron hasta el grado de coincidir o se opusieron lo suficiente para procurarle esa emoción que inflamaba su triste rostro? El hombre, una vez

que bajé del autobús, después de seguirme lo bastante de cerca para verme luego deambular delante de él bajo las arcadas del Palais, habiendo ya «contactado» la epidermis de mis dedos, sin duda le dio vueltas a esa primera sensación, debió de extenderla hasta cubrir todo mi cuerpo, ese cuerpo que él adivinaba mientras estudiaba los movimientos de mis caderas, mis posibles poses en la inminente situación que sabía insólita para mí, inconcebible, y por ello aún más imperiosa para él… Así hasta el instante en que no pudo dejar de arrinconarme en esa tienda vacía. ¡Cómo examinaba, casi asombrado, mi mano puesta sobre el picaporte, que él me impedía abrir, mientras el fortachón aparecía por la puerta del fondo, esa puerta fatal entreabierta ante la tenebrosa escalera! Al ver una salida en el rellano superior, que seguramente daba a la Rué de Beaujolais, quise precipitarme hacia ella. Pero el fortachón, que me esperaba en la escalera, dejó caer su mano sobre mis dedos, sujetos al barandal; y yo, creyendo todavía que podía huir, los retiré con un gesto brusco, volví a bajar y… a dos pasos de la trastienda, en el preciso momento en que, resuelta aún a defenderme, pegándole con mi bolso al coloso en la cara, lo vi agacharse, derrumbarse casi… y de pronto su mano, ya bajo mi falda, se insinúa entre la liga y la piel, agarra por completo la carne de mi muslo, su brazo rodea mis piernas, me levanta, me hace tambalear sobre sus hombros, movimiento inesperado y tan repentino que tengo que agarrarme con las manos a su nuca, y después aquel loco descenso conmigo, por la escalera de caracol, hasta el sótano… El otro, que lo había precedido, empujaba ya esa pesada puerta de acero que se abría a la sala iluminada con luz de neón y de paredes brillantes. El suelo, de linóleo, relucía, y, mientras unas enormes hélices de ventilación empezaban a girar en el techo, vi en el centro de la pieza, en medio de todo un equipo de gimnasia, las barras paralelas, con bandas de cuero… ¡Pensar que hacía un momento me paseaba sin rumbo y ociosa entre la Opéra y el Théâtre Français, mientras ahí me esperaban estas barras! Entonces, amarrada a las barras por las muñecas, con mis manos

húmedas y que, pese a los ventiladores, olían a la crema que me había puesto, con mis uñas perfectas e inútiles…, sin ocuparse para nada de mis pechos ni de quitarme la chaqueta de mi traje sastre gris, me desabrochan la falda y me quitan todo lo demás. Me resisto todavía, me separan los tobillos y me los atan a los extremos de las barras verticales, y todo eso en silencio, un silencio hecho de mi propio mutismo casi en sintonía con el de los dos hombres, como si nuestro aliento entrecortado reemplazara las palabras que podríamos intercambiar. El coloso acerca su boca a una de mis manos amarradas y, como cierro el puño, me desdobla y me endereza los dedos, los pasa entre sus labios y saborea mis uñas con minucia. Después, tras recobrar el aliento, tambaleante y sudoroso, apoyado en la barra, el hombre alarga la lengua, que se retuerce, haciendo un esfuerzo miserable, y que sólo llega a rozar lentamente mi palma del todo abierta. Por fin su lengua se fija y comienza a titilar cada vez con mayor rapidez. Yo aparto todavía la mirada… Muy pronto, ya no puedo contenerme más, y en vano trato de levantar mis rodillas, de ocultar con mi muslo los irresistibles efectos. «¡Apaguen la luz, pues!», digo con una voz que ya no es la mía, mientras el fortachón exhibe con ostentación una tarjeta ante mis ojos y la mete en mi bolso. Pero la luz sigue encendida y, con los ojos cerrados, bajo el girar de las hélices en el techo, me abandono ante esos dos desconocidos… El alivio que siento entonces al abrirme al fin, al salirme de mí misma bajo sus miradas en esa imposible posición… Oigo un ruido sordo e impreciso a mis pies. Abro los ojos. El coloso se ha caído. El fortachón lo carga sobre sus hombros y se lo lleva, tambaleándose. Durante más de un minuto, me quedo ahí, atada, sola, sin duda el instante menos agradable de eso que ya no puedo llamar pesadilla. Y casi me tranquilizo al ver reaparecer al segundo lentamente, con las manos en los bolsillos —es un joven rubio, con el pelo cortado al cepillo, de ojos saltones y mirada inteligente—. Su camisa era de una blancura impecable y sus manos, que saca ahora de los bolsillos para desatarme, muy cuidadas, con una muñequera de cuero en la izquierda. Se vuelve mientras yo me arreglo la

falda, va a buscar mi bolso y me lo devuelve al tiempo que me ofrece un vaso de coñac. Pero yo lo abofeteo. Entonces, con un solo movimiento, me arranca de nuevo la falda, pone un pie encima de ella, se mete de nuevo las manos en los bolsillos y, sin rechistar, recibe otra bofetada; y ya no puedo detenerme hasta perder el sentido… ¿Qué debe hacer una mujer en semejante situación?… Gritar, evidentemente, alborotar al edificio entero —en un barrio tan frecuentado—, pero nosotras, las mujeres que estábamos en el «frente de la caridad», nosotras, las mujeres que manejamos ahora la nación, nosotras, mujeres que «hemos visto demasiado» —por poco bellas que seamos, por poco que hayamos seguido siéndolo—, sólo debemos callamos. ¿Abrir una investigación? ¿Debido a esa tarjeta que reproduce… mis huellas digitales? ¿Tratar de llegar hasta la «fuente»? ¿Para qué dar trabajo en la Rue de Saussaies a ese incapaz de C.? ¡Ni hablar! En cambio, regresar un día de éstos al lugar, acariciar con mis manos esas barras paralelas a las que estuvieron tan bien amarradas…, ésa es otra historia. Esa oportunidad particular de sentirme yo misma desde el instante en que me subí a la buena ventura en ese autobús hasta el momento en que, en ese sótano, me hallaba suspendida y sacudida, esa oportunidad no es ni más ni menos que el arco tendido de mi reflexión sobre ese mediodía ocioso. ¡Qué bueno está este *croissant*! ¡Qué tranquilizante es la caída del surtidor de las fuentes bajo los castaños! ¡Qué exquisita es esta ciudad en su apacible acontecer!

Diario de Octave (Continuación)

Mayo de 1954

Es inconcebible las horas que pierdo imaginando hasta sus más mínimas poses cuando Roberte no está. Pensar que en este mismo momento ella actúa, toma decisiones, no sólo desarrolla una actividad que responde a las exigencias de la vida social, sino que además sabe perderse y reencontrarse entre todas las mezquindades de los pasillos parlamentarios —¡y todo eso sin la menor preocupación por mi propio enmohecimiento!—. Si hubiera seguido mi carrera hasta llegar a la cumbre, y hubiera tenido, por mi parte, el suficiente vigor y un poco menos de repugnancia a la hora de satisfacer las abrumadoras obligaciones de una vida oficial, ¿qué hubiera hecho ella? Lo mismo que ahora: con ideas más o menos idénticas, no habría una pareja política más sólida que la que hubiéramos formado. ¡Qué insipidez, Dios mío! Es mejor la situación actual: la señora hace todo por su cuenta, se sienta en el Parlamento, en Información, da fiestas y pasa fuera de casa el suficiente tiempo para permitirme a mí —que permanezco en mi gabinete de trabajo, con toda la seguridad necesaria en esta inimaginable «Cuarta República»— hallar pretextos para interpretar a mi manera los verdaderos motivos de sus llegadas tardías. La señora lidera el honesto combate por la fraternidad, por la democracia universal; en cambio, yo vivo y muero por la belleza, y por tanto estoy del lado de los villanos.

¡Oh, benditos tiempos en que Daguerre, con su incómodo y arriesgado aparato, fijaba la imagen de esa vida, fijaba la vida cotidiana de entonces, a punto de que la alcanzara la fea austeridad de las primeras industrias, pero sin haber perdido aún nada de su aspecto de sonámbulo! Lo que nos fascina de

esas imágenes entre el blanco y el negro es que nos parece que abren ventanas interiores a los días de entonces: en el instante en que tal fachada proyecta tal sombra sobre la calle, quizá Balzac o Baudelaire o Delacroix acababan de atravesarla. El ritmo de los negocios no sobrepasaba en nada la cadencia de los caballos, cadencia animal, ni la respiración de los hombres. El paso de las horas no era menos inexorable que el lento crecimiento de la sombra sobre los objetos. Las personas y las cosas todavía sabían adoptar una actitud grave y distante ante la mirada de ese fotógrafo preocupado por provocar la aparición de lo eterno mediante los tenues accidentes de la luz. Pero, debido a la fatal conspiración de las tretas bancarias y el inventor, se desencadenó una energía que, doblando, centuplicando las intenciones agresivas del pensamiento, transformando los factores de tiempo y de espacio, volatilizando la gravedad, desarticulando las estructuras y convirtiendo lo sólido en fluido, hizo improbable la presencia de las figuras y de los objetos en un espacio cada vez más fugitivo. Se perturbó incluso la percepción ingenua de figuras y objetos: en ese periodo, los impresionistas hicieron eco al canto del cisne del antiguo día y la antigua noche de una vida que era ya moderna: fue un último y supremo deslumbramiento… y todo se dispersó en un polvo luminoso, mientras en Provence un viejo demonio, enamorado de las montañas peladas y del temblor de los pinos y de los eucaliptos, trataba de reconstruir una vez más el aspecto solemne del mundo. Fue considerado loco, pero los que se empeñaban en seguir su mano divina quisieron apropiarse de su mirada sin poseer su alma. En esa atmósfera sacudida por extrañas trepidaciones y vibraciones furiosas, las fuerzas centrífugas hicieron estallar el ojo y lo que éste miraba: la explosión misma se había convertido en una necesidad, y desde ese momento la mirada no pudo satisfacerse sino con objetos mutilados, con imágenes rotas; en ese momento el diablo intervino y, por voz de un doctor herético donde los haya, proclamó: «La fotografía ha liberado a la pintura de la necesidad de imitar a la naturaleza».

Diario de Roberte (Continuación)

Octubre de 1954

… A no ser que deje languidecer a Antoine en una institución cuyo régimen no soportaba el chico, ¿no es un riesgo demasiado grande tenerlo en casa, mientras Octave organiza su viva la Virgen? Tengo derecho a esperar que la presencia del muchacho sanee la atmósfera y obligue a Octave a mostrar una actitud respetuosa. Ya empieza a advertirse un cambio notable. Octave ha encontrado en Antoine un discípulo tan maleable como receptivo: con eso se satisfacen las necesidades pedagógicas del viejo, privado de su público universitario; entrevé la posibilidad de formar a un discípulo. Dado que se me ha llamado a ocupar un escaño en la Asamblea Nacional, tengo que estar fuera de casa cada vez más tiempo; dejo de ser una «mujer de su casa». Lo cual impresiona profundamente a Antoine. A sus ojos, yo gano en autoridad, pero Octave poco a poco…

Diario de Octave (Continuación)

Veamos la *Lectura interrumpida* de Tonnerre. Sentada en un sillón, hay una joven vestida de oscuro, con la garganta ceñida por una blusa abrochada hasta la barbilla, un brazo apoyado en el codo, con un pequeño libro abierto en la mano, el otro brazo levantado en un gesto de defensa, con el antebrazo pasando bajo la barbilla y la mano entreabierta, con las piernas cruzadas, una ligeramente levantada, la falda arremangada más arriba de la rodilla, hasta el nacimiento del muslo, donde el vestido arrugado cae en grandes pliegues. Agachado junto a la joven, a su derecha (pero a la izquierda del cuadro), un niño prepúber, con una gran cabeza, un mechón de pelo sobre la frente, con una mirada y una sonrisa perfectamente imbéciles, con una chaqueta demasiado corta, ha pasado una mano bajo la falda de la señorita; gesto que la rodilla levantada de la joven debía detener, lo que hace que la pierna pintada en esa posición tenga un carácter de reflejo, mientras con la otra mano el niño ha logrado desabotonar parte de la blusa, precisamente a la altura del pecho, que no ha tardado en salir, brotando por el escote, y el espumeante desorden de la blusa contrasta con la casta forma del otro pecho, bajo la otra mitad de la blusa.

Advirtamos el lugar un tanto secundario que el artista ha reservado para el niño. Su curiosidad subversiva no nos interesa sino en la medida en que provoca la turbación de la joven: ella, responsable de su buen comportamiento, en vez de intimidarlo, incita con su atractiva presencia lo que estaba encargada de evitar. El gesto de su pupilo la enfrenta a sí misma y la vuelve hacia sí misma; de modo que, *vista* de otra manera de la que debería ser vista, se nos muestra a su pesar; una intención animal pero adulta se le impone con la forma de la manita descarada que le roza el pecho, un pecho cuya redondez no está hecha en absoluto para esos dedos torpes.

Quizá leía un cuento demasiado pueril u obligaba a repasar una lección mientras la imaginación del niño la espiaba, oculta tras una fingida atención. Todo eso se evidencia en los chisporroteantes ojos de la gobernanta, en el temblor que empieza a curvar sus labios. Pero, más aún, por el movimiento de su brazo, ella misma se descubre mujer, súbito objeto de un apetito cuya monstruosa presencia estaba lejos de sospechar. Eso es lo que afirman su mano vuelta a la altura de la barbilla, el hueco de esa mano con el voluptuoso nacimiento del pulgar, esos largos dedos que parecen capaces de algo mucho mejor que corregir, que pegarle a un niño rebelde; esa mano se agita en la reminiscencia de una posible aventura, mientras la otra mano, de la que uno ve el dorso y que sostiene el libro con los dedos extendidos, pertenece todavía a un estado responsable, adorablemente desmentido por la mano grande y larga durante la perturbación que suscita el desagradable diablillo. La rodilla levantada de la institutriz revela una pierna bien torneada, enfundada en medias, descubierta hasta la liga, sobre una carne cuyos cálidos tintes contrastan con los ondulantes reflejos de la media.

Esta tela no es una de las mejores en lo que a la composición respecta: la prueba está en que ante ella nos vienen a la mente demasiadas palabras, palabras que el pincel debería reducir al silencio.

Retengamos el movimiento del gesto de defensa a la altura de la cara, que contradice el de la rodilla levantada. Primero se sentó para leer y hela ahí como lanzada contra el sillón, como apresada en un reducto en el que el despertar de los sentidos llena de malicia sus ojos. Pero desde la perspectiva que se ofrece al muchacho, perspectiva establecida por el pintor en beneficio del espectador, la rodilla levantada lleva la pierna cubierta con medias hacia delante, hasta el primer plano; en el ángulo que se forma bajo el hueco de la rodilla, se muestra el volumen de los muslos hasta el nacimiento de las nalgas, lo que da ocasión para pintar la carne luminosa entre los pliegues secretos de la ropa interior y los reflejos oscuros de la seda sobre la pantorrilla.

Diario de Roberte (Continuación)

¿A quién acaba de escoger Octave como preceptor de Antoine?… ¡A Vittorio! ¿Cómo pudo siquiera dar con él? Lo conoció en Dior, donde a duras penas había logrado yo misma evitar el encontrarme con él. Salomón, el fotógrafo, se lo presentó como corresponsal de modas de alguna revista italiana. Durante la conversación, Vittorio le habló de Z., el coleccionista de Lausana, a través del cual Octave había conseguido los cuadros de Frédéric Tonnerre. Hablando de una cosa y otra, Vittorio mencionó su pasado «vaticanista», ¡y enseguida mi buen Octave decidió que ese joven, en el que se reunían tan perfectamente las locuras contemporáneas, era el más indicado para iniciar a Antoine! Lo que quiere decir que el viejo no duda ni por un segundo de lo que me une a ese aparecido: ¡la «grave ofensa»! Vittorio, claro está, ignoraba, por su parte, que yo me hubiese convertido en la mujer más notable del partido radical y además en la esposa de Octave. Puede imaginarse el inevitable momento de la presentación: Vittorio, muy elegante, no menos dueño de sí mismo, no sufrió ningún sobresalto, en tanto que yo misma tuve que apoyarme en el respaldo de un asiento. Mi frialdad hubiera podido traicionarme, y sin embargo Octave decidió de inmediato que me era antipático; mucho mejor. Como de costumbre, nos dejó a solas. Entonces Vittorio se arrojó a mis pies y me dijo: «Haga de mí lo que quiera». Le repliqué que nosotros no nos conocimos hasta el instante en que entró en mi casa; que consideraba irrevocable su actual identidad, puesto que *Monsieur* de Santa-Sede no existía ya. Que si él se atenía a esto, no encontraría por mi parte más que indiferencia y un olvido de todo lo demás. Que, desde luego, era una locura confiarle a Antoine, pero que contaba con su buen juicio y que no podía aconsejarle otra cosa que el más estricto silencio. Añadí que yo no intentaría ni siquiera

averiguar cómo había escapado de los alemanes en Roma y después de los aliados. Él sintió que lo amenazaba y respondió, con tono sordamente agresivo, que a él tampoco le interesaba saber el destino que yo le había reservado a Von A. y a sus víctimas. En ese instante, me ofreció cigarrillos en una pitillera. Tuve tiempo de ver en ella la reproducción de mis huellas digitales. Yo callé, y él advirtió mi palidez, pero su desvergonzado acto me dio fuerzas para reponerme enseguida: le contesté que podía escoger entre cualquier clase de venganza, que le costaría cara, o comportarse como prescribían sus funciones en calidad de preceptor de Antoine. Insinuó que, por supuesto, jamás habría tenido la audacia de aceptar el ofrecimiento de Octave si hubiera sospechado por un solo instante que yo vivía en esa casa; que, por fortuna, se había decidido con total ignorancia y que, al contrario, tal como se presentaba todo, la situación le encantaba; que su buena suerte no dejaba de sorprenderle. Pero que, por haberme conocido del modo en que el destino lo había querido, no podía renunciar a darse una oportunidad. Cada vez más audaz, llegó a expresar la esperanza de que tarde o temprano las sensaciones que yo le había procurado en Roma, y que yo había experimentado a mi vez hacía diez años en el ambiente de la guerra, se renovarían en el apacible y acogedor marco de mi casa. Me levanté y le dije que saliera de inmediato; y, en efecto, comprobé que su encanto era ya mayor que su insolencia. «Le ha ido bien hasta ahora», dije volviéndome; «siga así», agregué mostrándole la puerta. Pero él ya me había tomado por la cintura. «No tengo ya nada que perder», dijo, «salvo a usted». Y me acarició con la mano mis caderas y, cada vez más decidido, mis nalgas. «Son mías», dijo. En ese momento Antoine entró para presentarse ante Vittorio. Para entonces yo ya no podía más. «Antoine», dije sin saber bien lo que hacía, «*Monsieur* de Santa-Sede, que se ocupará de… ti para ayudarte a pasar el bachillerato». «¡Qué suplicio, qué injusticia el bachillerato!», exclamó Vittorio, «¿cuándo va a hacerse la reforma escolar? Señora, ¿cuándo van a votarla?». «No antes de que Antoine se presente a su examen». «Pero eso es una pura crueldad, ¿no es cierto,

Antoine?». Apenas se hubo retirado mi sobrino, me preguntó: «¿Por qué le ha dicho que seré su preceptor? Estaba dispuesto a irme definitivamente y desaparecer para siempre…». Y diciendo esto, me tomó por la cintura. Pero entonces, llevándolo a un cuarto apartado, donde tuve de pronto la idea de hospedarlo, le dije: «Adivino tu juego. ¡Ya que estás aquí, te quedarás! Yo ocupo el otro extremo del piso, pero sólo estoy a partir de las dos de la mañana». «A sus órdenes, *Signora*». Le puse un dedo sobre la boca: «¡Ten cuidado! No te moverás de aquí sin que yo lo sepa. No vendrás a mi cuarto más que cuando te llame».

Diario de Octave (Continuación)

Sin duda es el aspecto de las mujeres en público, su manera de mostrarse fuera y no en su casa lo que constituye exactamente aquello mediante lo cual pueden intrigarme. En esos momentos, en que quieren de algún modo aparecer y neutralizar su contacto con el exterior, con lo desconocido, lo extraño, lo anónimo, en lo que sin embargo se buscan a veces —encontrando lo que en absoluto buscaban—, también me imagino lo que tienen de más encantador, adivino con mayor nitidez sus gestos de sorpresa, sus movimientos ante las imprevisibles situaciones que dejan huella sobre su supuesto horario. ¡Y cuánto abundan esas situaciones, cómo conspira todo cada vez para amenazar su honestidad, su resistencia! ¡Quiero decir la honestidad, la resistencia que emplean para cumplir con su horario! ¡Las mil pequeñas circunstancias en las que un individuo ocioso podría sacar provecho por poca insistencia que ponga en sus propósitos! ¡Ah!, si todo el mundo fuera como yo… Eso explica el inconcebible nerviosismo que se apodera de mis viejos huesos cada vez que Roberte sale por París. ¡Salir por París! En esas tres palabras interfieren el espacio y el tiempo… Y el azar, si no es otra cosa, quiere que Roberte tome los itinerarios más sembrados de imprevistos de la capital. Sin duda hoy la gente tiene demasiados quehaceres, demasiadas preocupaciones, demasiada prisa y angustia para detenerse ante la brusca encarnación de un sordo ensueño. Por otro lado, no es menos cierto que la vida parisiense —su gran atractivo para el extranjero— ha sabido siempre mezclar en todas las actividades, incluso en las más mercantilizadas, la imagen del placer, cuando no su práctica palpable. Eso es lo que constituye al mismo tiempo el carácter comercial del placer y lo que excluye, por su misma vulgaridad, las situaciones a las que hice alusión, hasta reducir casi por completo el número

de individuos aptos para explotarlas; porque más que nunca, al margen de la gris disciplina del trabajo cotidiano, se acumulan aquí y allá inmensas provisiones de aburrimiento del que esos individuos parecen los insólitos guardianes. Así pues, ¿cómo no asombrarse de que sean los niños de nuestras escuelas, de nuestros institutos, los que les sirvan de intermediario, si cualquier colegial sabe procurarse el dinero para gastarlo en los juegos automáticos del café?, decía Roberte, con la que, por una vez, yo estaba de acuerdo, sin dudar sin embargo de que ella estaba de acuerdo con *eso* por haberlo experimentado de una manera extraña y religiosa para una laica. En efecto, ¿cómo no asombrarse, agregaría yo, si tanto en los cafés como en los puestos de periódicos, donde se muestran labios, pechos y bellas piernas en tecnicolor igual que sobre la pantalla de salas oscuras, se forma una imagen del placer que responde muy bien a la ley del toma y daca automático, pero de un placer que, para que haya placer, debe producirse de inmediato (y después, como si no hubiera pasado nada)? ¡No hay más que introducir una moneda para que todo empiece a moverse, y se mueva a placer! La anécdota siguiente, que concierne al ambiente escolar de nuestro sobrino y por supuesto, a mi esposa, ilustra todo eso.

He podido averiguar por distintas fuentes que, desde hace poco, Roberte, en el curso de sus diferentes actividades en el centro de la ciudad, frecuenta un salón de belleza instalado en un pasaje que se encuentra como por casualidad cerca del Liceo Condorcet, no lejos de la Gare Saint-Lazare. El local es una mezcla de establecimiento de baños y salón de té y tiene un no sé qué de lugar de reunión de mujeres solteras. En el piso de abajo, no lejos de los baños confortables y lujosos, suele reunirse un grupo de pequeños limpiabotas españoles, italianos o argelinos. Sin duda, su presencia estaría fuera de lugar, y tampoco se les toleraría, si no fuera por su juventud y porque permanecen en el descansillo del piso inferior, común a otros establecimientos del inmueble, de carácter comercial. Ese descansillo comunica, a través de una puerta batiente de cerradura neumática, con un pasillo cubierto de

espejos. Al fondo de ese pasillo, una segunda puerta, semejante a la primera, se abre sobre el piso de abajo propiamente dicho, donde están instaladas las salas de baño y un salón de peluquería. Allí nace una escalera que conduce al salón de té. Por tanto, las señoras pueden, si quieren, entrar por el piso de abajo para sus cuidados de belleza, antes de subir por dentro al salón de té, o bien descender para abandonar el establecimiento. Los pequeños limpiabotas no tienen más que interceptar entre las dos puertas batientes a cualquier cliente que venga del exterior, adelantar un banquito para su pie y, mientras la señora se mira de reojo en el espejo, pasar rápidamente el trapo o el cepillo por uno u otro zapato. Así, sucedió que Roberte, una tarde en que entró allí, se encontró en ese pasillo. Salía del salón de peluquería —detalle importante—, llevaba un abrigo de pieles y se estaba poniendo un pañuelo de seda en el pelo y luego sus guantes de piel. En los escalones que llevaban al piso de abajo se empujaban algunos alumnos del Condorcet entre los que se encontraba el hijo de nuestro abogado, F., un apuesto muchacho de dieciséis años. Al ver a Roberte, F. le dijo a su compañero, X., un poco más joven: «¡Estupendo, hoy lleva hasta guantes!»[1].

¿Qué sucedió entonces? F. y X. habían sobornado a los pequeños limpiabotas para que les cedieran su lugar en el momento oportuno y para que desaparecieran súbitamente cuando les avisara el hijo del conserje del inmueble.

Roberte iba ya a atravesar la puerta de salida cuando un empleado que venía en sentido inverso, llevando en un recipiente algo grasiento y que manchaba, al parecer lo derramó sobre los zapatos de Roberte; enseguida los dos pequeños limpiabotas se precipitan hacia Roberte, avanzan el banquito, etcétera. Pero yo no creo nada. Ese detalle parece haber sido inventado después para explicar el incomprensible gesto de Roberte. Volvamos a empezar: Roberte iba ya a atravesar esa última puerta cuando los dos pequeños limpiabotas sobornados la vieron detenerse frente al espejo. Sin duda nuestros conspiradores escogieron mal el momento, porque Roberte, si hubiera tenido los zapatos manchados al

entrar, hubiera pedido que se los limpiaran una hora antes; y se disponía a salir del establecimiento —sólo por eso el incidente del empleado tendría cierta verosimilitud— cuando los dos pequeños limpiabotas la vieron detenerse ante el espejo. Y al inclinarse hacia el espejo, amorosamente sin duda, maquinalmente —es lo menos que uno puede decir— puso un pie sobre el banquito que le tendían. Los dos pequeños limpiabotas empezaron su tarea rápidamente y ella, dejándolos hacer, se estaba pintando los labios cuando se fue la luz. En un instante, se hizo la sustitución. X. había agarrado el pie de Roberte posado sobre el banquito, mientras F., colocado detrás de ella, pasó sus brazos por delante, levantó el abrigo y la falda y, deslizándolos sobre la rodilla doblada de Roberte, los alzó hasta la cintura; con una mano, X. había inmovilizado, tomándola por el tobillo, la pierna adelantada de Roberte, y con la otra agarró una linterna que F. hacía parpadear sobre el muslo de Roberte. Empezó a alumbrar la curva sedosa de la pierna hasta el hueco de la rodilla y a iluminar entre las ligas la carne desnuda hasta el inicio de las nalgas, ceñidas por la braga, cuando los largos dedos enguantados de Roberte se extendieron sobre el reflector de la linterna. En ese momento, Roberte, haciendo un primer intento de retirar el pie del banquito, debió de notarlo, porque se volvió rápidamente y agitó un brazo hacia atrás con la intención de darle una bofetada. F., arremangándole el abrigo y la falda hasta la espalda, había empezado a acariciarla hasta deslizar los dedos bajo la entrepierna de la braga, tensa por la separación de los muslos, puesto que ella tenía un pie en el suelo y otro posado sobre el banquito. Sin duda, iba a retirar este segundo pie y darse la vuelta para, si no detener la mano de F. —que se aventuraba ya en los últimos pliegues—, sí al menos apartarle la cabeza, que él apoyaba fuertemente contra el flanco de Roberte; pero ahora X., delante de ella, había tomado con las dos manos su pantorrilla y por tanto impedía ese movimiento, con más razón cuanto que F., por detrás, inmovilizaba su otra pierna, nerviosamente tensa, interponiendo su propio pie. Porque cuando la mano

enguantada de Roberte se había cerrado sobre el reflector de la linterna, X., de un golpe, se la quitó para pasársela a F., que ahora alumbraba por debajo la separación de los muslos, ofreciéndole a X. el raro espectáculo de la entrepierna, donde se moldeaba más claramente la naturaleza de Roberte. Apenas se vio esa entrepierna cuando, de inmediato, la mano enguantada de Roberte trató de cubrir la linterna y entonces, tras apartar la linterna, esa mano tuvo que subir bruscamente, porque Roberte recibió el haz de luz en plena cara. Mientras ella permaneció así, sin mover más que el tronco, impotente por la súbita emoción, menos por la sorpresa que por la turbación, tan sofocada que ni siquiera podía gritar, tratando al menos de ocultar con su mano enguantada todo lo que F. iluminaba, X. veía el contorno de su frente inclinada, las cejas fruncidas, el fulgor de sus ojos. Conservando siempre la gravedad de sus perfectas facciones, las aletas de la nariz palpitantes, la barbilla firme, ella luchaba con las dos manos sobre el cuello de su abrigo, que los dedos juveniles de F. trataban de abrir, rasgando su blusa y logrando que apareciera el tenso sostén. Casi enseguida, rozando la piel del abrigo, surgieron los pechos, como asombrados de hallarse en el espacio sin límites y bajo la concentrada claridad del haz de luz; los rosados pezones apenas descubiertos y ya descaradamente salientes desaparecieron al instante bajo los dedos enguantados de Roberte para encontrarse al fin entre los dedos del colegial; y como X., preso de unos súbitos celos, apagara la linterna para volver a encenderla en la zona que le tocaba, una vez más la mano de Roberte bajó, con los dedos estirados, y X. sintió en su nariz la epidermis perfumada de la palma en la apertura del guante. ¿Qué hora era cuando Roberte llevó así su mano todavía enguantada a su tesoro, que abombaba la entrepierna de su braga? Era la hora en que la esperaban en la Cámara para tomar una importante decisión sobre las escuelas laicas. Pero toda noción de tiempo y de lugar se había desvanecido al sentir deslizarse los dedos juveniles con decisión bajo su blusa rasgada, en el hueco de sus axilas, sobre la carne de sus hombros, hacia los tirantes de su sostén, y al notar que, más

abajo, en la oscuridad, con su palma había rozado una cara casi infantil. Buscando un punto de referencia, una última realidad de ella misma que pudiera conservar, puso su mano enguantada en el hueco de sus muslos. Efectivamente, el joven agresor la toqueteaba con irresistible torpeza, propia de un joven de familia burguesa que apenas había dejado atrás la infancia, pero todo lo que la petulancia de esa inexperiencia sugería de la imagen que al instante uno se hacía de ella escindió su último sobresalto en dos llamadas contradictorias: una curiosidad mezclada con una conmovida atención —que estaba lejos de sospechar un instante antes—, y una incertidumbre cada vez más vertiginosa con respecto a sí misma. La torpeza de esos dedos vírgenes se notaba desde luego con más fuerza que la de las más nudosas articulaciones a las que había cedido tras un intento de resistencia, y esa crudeza, experimentada hasta en la punta de los pechos escapados de sus propios dedos enguantados, excedía todas las costuras que, desde los hombros hasta la apertura de los muslos, aún le aprisionaban; indignada, llena de sí misma, había hecho ese gesto en un estado de ánimo que ya no comprendía. ¿Qué hacía allí su mano enguantada, mientras el muchacho que adivinaba delante de ella le apretaba la pantorrilla y apoyaba su mejilla contra la sedosa rodilla de Roberte, de modo que ella recibía el cálido aliento sobre la carne d; su muslo? X., en efecto, respiraba cada vez más profundamente al tiempo que espiaba, estupidizado, la palma de esa mano enguantada de Roberte, cuyo pulgar se levantaba al tiempo que el índice y el medio se posaban en los pliegues de la entrepierna, y el anular y el auricular poco a poco se separaban, y el medio, cuya uña se dibujaba bajo la piel del guante, se hundía en la tela de modo que brotara la carne ocre de debajo de los encajes, cuando de pronto la tela se rasgó, las costuras saltaron y dejaron los dedos enguantados en contacto con el vello recién descubierto, mientras que el índice y el medio se replegaban en la tibia penumbra y el dorso de la mano enguantada ocultaba el resto. X., cuyo corazón latía hasta romperse, aún no se atrevía a tocar ese guante cuando, aferrado siempre a la

perfecta curva de la larga pierna de Roberte, sintió súbitamente que la rodilla se doblaba sobre su hombro. El pie de Roberte que descansaba sobre el banquito había resbalado y hecho caer la linterna. Una playa de luz se formó enseguida en lo alto de la columna, cuyo difuso reflejo se extendió sobre el pelo estirado de Roberte. Con los ojos cerrados, y los labios juntos pero arqueados por una risa contenida que le formaba ya hoyuelos en las mejillas, ella, con la otra mano enguantada, rechazaba todavía las manos desnudas y nerviosas de F., que hostigaban sus pezones bajo el abrigo de piel. Sobre sus dedos ingenuos, desnudos y cortos, los de Roberte, enguantados, largos y flexibles, se deslizaban, escurridizos, cuando finalmente F., tras agarrarle por la muñeca, tiró de los guantes por la punta. Desnuda, la larga mano desfalleció, con la palma iluminada. Si X. admitía su derrota, ¿cómo podía haber pensado en desquitarse cuando una cálida y perfumada exhalación de la penumbra de Roberte empezó al punto a aturdirlo? Allí se extendía la otra mano, cubierta todavía con ese guante que hubiera debido tocarle a X., esa mano que se extendía con todos los dedos unidos sobre el matorral. Pero F., blandiendo el guante vacío, fustigaba ligeramente los pechos de la desguantada; tan bien los fustigaba que la primera sacudida y el prolongado estremecimiento de Roberte alcanzaron tal ardor que X. creyó ver derramarse lo que la mano todavía enguantada retenía. El reverso del cuero relucía aún bajo la luz cuando Roberte sintió que su naturaleza desbordaba apresuradamente su palma. Entonces, esa mano que X. no se había atrevido a desenguantar, ni siquiera a tocar, se volvió tendiendo los dedos hacia el muchacho. Éste, poniéndose de pie mediante un movimiento inesperado, se había acercado un poco; esa mano enguantada lo ayudaba lentamente y con gran seguridad, le abría el paso tan lentamente y con tal seguridad que X. pudo arremangar el guante sobre la palma de Roberte y estirar a su vez; apareció el nacimiento del pulgar, y también toda la epidermis satinada de la palma, y luego los largos y flexibles dedos, que para entonces se replegaban sobre la expresión de audacia y extrañeza del muchacho y la

cubrían con sus brillantes uñas. Y cuando la carne del pulgar de Roberte lo rozó —¿era el brillo de las uñas nacaradas?—, X. no pudo distinguir ya la razón de su placer, mientras Roberte, con los muslos y las nalgas chorreantes debido a la impertinencia de nuestros dos neófitos, se abandonaba a sus últimas sacudidas, jadeando y mandando a todos los diablos sus obligaciones en la Cámara, y en vez de diputada se convertía en una puta entre Condorcet y Saint-Lazare…

Diario de Roberte (Continuación)

«¿Por qué no permitir que los jóvenes disfruten del placer que les procuraría, con simpatía desinteresada e incluso con ternura, una mujer de mi condición? A pesar de mi repugnancia inicial, yo no sería incapaz de imaginar positivamente semejante iniciación fortuita: toda mujer atractiva debería crearse una obligación de este tipo —la manera más pura y más directa de evitar a nuestros niños las peores catástrofes—. Con ello no sólo busco proteger de paso a las infortunadas obreritas, sino que creo, también, que gracias a mi cuerpo puedo desarrollar en muchos jóvenes estudiantes un fondo de virilidad, una seguridad cuya carencia los precipita a horribles perplejidades. Evitarles esto a mi costa debe de ser sin duda un “mérito” del que no trataré de vanagloriarme. Pero cuando una piensa en la deformación de unos, debido a esas tristes experiencias de Sodoma, y en la debilidad de otros, constreñidos a satisfacerse por sí mismos, ¡qué dolor!, ¡pero qué dolor tan atractivo para nosotras! ¡Y cómo dudar en preservarlos por los medios de los que tengo la fortuna de estar colmada!». Eso me decía tontamente antaño; pensaba hacer felices a algunos, como si hubiera podido abstraerme de un don demasiado voluptuoso de mi persona. No preveía esta embriaguez, nueva para mí: el hecho de aceptar con delicia que se me pague por eso. ¿De dónde viene esta necesidad de venderme? Así lo quiere la regla. ¡Lo cierto es que ese joven hubiera sufrido cruelmente en su amor propio si yo no hubiera aceptado su dinero! Ha visto que yo no era de la profesión y quizás hubiera juzgado indiscreto mi tipo de caridad. En este caso, el dinero asegura el anonimato. ¡Qué falsa ingenuidad!; ¡y qué egoísmo! Desde esa tierna edad, y en esa tierna edad tal vez más que nunca, los hombres se complacen en humillarnos. Y creo que mi condición de mujer

madura, y muy pronto anciana, no deja de aumentar el placer de nuestros adolescentes. Una vez que me presto al juego, lo que me llama a él de nuevo, a pesar de mis vagos propósitos de espaciar esos encuentros, es la diversidad de sus comportamientos; pero, sobre todo con los cuatro o cinco jóvenes con los que tuve una aventura la semana pasada, la extrema complicación con la que alcanzaban el placer; se podría creer que nuestros niños están más o menos amenazados de impotencia bajo los efectos combinados del cine y de la «doctrina» de moda en Saint-Germain-des-Prés. Uno de mis caballeros casuales, como inspirado por la forma del cuarto de mi antiguo refugio de soltera adonde podía haberle llevado, me pidió permanecer tranquilamente sentado en un sillón. Estamos, dijo, en la sala de espera de un dentista, esperamos más de media hora y hojeamos revistas, sentados a cierta distancia uno de otro. Supone entonces que, mientras yo me aburro, se acerca a mí, con su pieza de identidad disimulada primero bajo su gorra, después poco a poco visible a tal grado que debo turbarme. Yo tengo que fingir que sigo leyendo una revista, adopto distintas posturas, cruzo las piernas hasta que al fin, ocultando todavía mi mano debajo la página del periódico, no resisto más y levanto lentamente con mis dedos el borde de mi falda, etcétera. Ese muchacho, que reconstruía de ese modo una de sus obsesiones para realizarla conmigo, tenía apenas dieciséis años, estaba en vísperas de presentarse a su examen de bachillerato.

Diario de Octave (Continuación)

Cualquiera que sea el grado de exactitud de ese incidente —y me encantaría poder darle el mayor posible—, me molesta, sin embargo, que le fuera contado tal cual a nuestro pobre Antoine; ¡eso basta para torturarlo semanas enteras, en vísperas de su segundo examen de bachillerato! ¡Él creía haber provocado ese incidente sin que le tocara ningún premio en el sorteo! Y F. y X. se complacieron en mantenerlo en esa cruel duda. Pero en este asunto no hay más que dos culpables: Vittorio y, desde luego, Roberte. Nada ha hecho ella por desengañar a Antoine; pero no es eso lo que le reprocho, sino que, mientras dejaba creer a su suspirante sobrino que eso no era imposible, no le diera la menor ocasión de salir de la pesadilla para tener la certidumbre… de un instante con el que sueña: ¡un solo instante! Obstinadamente, ella se mantenía en su papel de tutora irreprochable, y al mismo tiempo hacía de la educación de Antoine el motivo de su conducta en el mundo. (Sólo más tarde he sabido que, habiendo tenido que inclinarse ante más poderosos que ella, eso le servía de prueba para salvaguardar su situación oficial). Obstinadamente, aceptaba que el pequeño pudiera sospechar que ella ponía en práctica lo que negaba ante nosotros; que estuviera dispuesta a darles todo a sus compañeros de clase a la vez que actuaba con abrumadora pureza ante él, su pupilo. ¡Y que yo mismo, por mis propias exigencias hacia Roberte, contribuyese a mantener a Antoine en ese tipo de perplejidad! Reconozco que lo hice. Pero, al mismo tiempo, no quería sino reparar mis culpas. ¿Necesito decir cómo? Roberte sabía muy bien cómo me habría tomado yo eso, y, con más razón, ella no quería en absoluto que mi manera de ver las cosas recibiera semejante confirmación por su parte. Ella sabía perfectamente que Antoine no dudaba de que concedía a

otros lo que hubiera podido darle a él. Y Antoine no podía comprender que, para ella, no tuviera importancia demorarse entre Condorcet y Saint-Lazare, y que, en cambio, recibirle él, a Antoine, en su cama, en la Cité du Retiro un jueves por la tarde, o simplemente en su cuarto, en el extremo de nuestro piso, amenazara con trastornar su existencia y su carrera. Ese espíritu de avaricia, y esa negativa a un sacrificio que en verdad no lo era, es lo que me horrorizaba y lo que me convertía en el más ferviente cómplice de Antoine. ¡Cómo no compartir sus deseos, cuando a través de él me sentía rejuvenecer y creía volver a vivir una segunda adolescencia en el ocaso de mi vida! Debo agregar que el aspecto sentimental de la situación me aburría. Evidentemente, Roberte no podía conmoverse mucho ante el espectáculo de ese niño languideciente, cuando ella misma sufría el hechizo de una presencia mucho más violenta; y si yo le daba a mi sobrino alguna esperanza, no dejaba al mismo tiempo de mostrarle hasta qué punto la naturaleza de las cosas en que había querido precipitar a Roberte contrariaba su juvenil espera. Nada podía haber menos idílico que lo que yo adivinaba ahora en mi esposa. Era, en el fondo, un corazón sencillo, y yo le había hecho avergonzarse de eso; desde ese momento, asumió con la mayor sencillez lo que en otras mujeres no es más que el fruto de un alma monstruosa.

Diario de Roberte (Continuación)

Octave se complace en describirme en su *Roberte, esta noche*[2] como un mecanismo infalible del que mi voluntad de resistencia estaría prisionera: mis pechos y mis tres otros órganos, todo funciona como otras tantas piezas que se sustraen, una tras otra, a mi voluntad, para volverlas como mis propias armas contra mí misma y desintegrarme, para después reconstruirme como una especie de autómata hecho por completo a base de vergüenza y de fango… El punto de partida es que mi honestidad conyugal y mi incredulidad me convertirían en un monstruo de inconsecuencia. Él me ha creído casta. Piensa que, si cometo adulterio o me prostituyo, mi alma sufrirá hasta creerla al fin inmortal, y que de la saciedad de mis sentidos nacería una saludable vergüenza; que yo estaría finalmente dividida, abierta a la gracia por haberme abierto a lo que él llama el pecado. Esta contradicción conmigo misma en la que él me pone, esta «puesta fuera de mí», que él busca cuando me entrega a X. y a Y. con la esperanza de que ya no pueda vivir sin un «Salvador», sin un «mundo eterno y espiritual», todo eso no es más que una visión puramente «viril» de la existencia, una visión que se funda en la noción de un «carácter» —otra invención del sexo «masculino»—. Evidentemente, nosotras no tenemos «carácter», no somos «iguales a nosotras mismas». A cambio, tenemos temeridad: aceptamos el parecer tener «carácter» para hacerles la vida soportable, para darles confianza, cuando si no lo tuviéramos seríamos realmente lo que somos; un amante lo sabe muy bien. Y, más todavía, mi buen Octave: Vittorio, al que no amo, tiene a mis ojos el mérito de permitirme ser tal como me gusta verme, y por eso todo lo que podría contarte de mí te decepcionaría: soy como todas las mujeres, y no tengo necesidad ni de Dios ni del diablo para negarme a realizar cualquier acto desvergonzado

que tú quisieras verme cometer… *contra mí misma.*

El lugar elegido, mi cuarto de baño, y la escena que se desarrolla allí —por la noche (¡qué error!)— se inspiran en la idea por completo viril de que una mujer que consiente en abandonarse a un ensueño libidinoso debe infaliblemente entregarse a un agresor fortuito, porque en ese caso no tendrá ya el discernimiento necesario para echarlo como a un intruso. Es inútil decir que jamás ninguna mujer que lo sea verdaderamente ha conocido esa alternativa: si tiene ese tipo de sueños, no desea a ninguna persona del exterior, y sin duda alguna echará a cualquiera aunque sea un dios. Si se entrega, sólo significa que empieza a soñar. Pero mi Octave quiere volver esa alternativa tanto más verosímil cuanto que la muestra bajo una luz inquietante (el hombre siempre cree real lo que es excitante), porque es evidente que la mujer de la que se trata soy yo, miembro ahora de la Comisión de Educación Nacional, yo, inspectora de la Censura. Y puesto que soy yo la que me abandono a las imágenes «desvergonzadas», cuando el agresor fortuito aparezca en el momento requerido, caeré en la trampa: porque se supone que no tendría más fuerzas para resistir de las que tendría para sustraerme a mi propio pensamiento. He aquí la trampa en la que caí, según él, esa famosa noche. Encargada de salvaguardar la inocencia de nuestros muchachos y muchachas, responsable de la salud pública, no tenía ningún motivo para hacer la vista gorda con ese libro infecto por el hecho de que lo hubiera escrito mi propio esposo; por tanto, lo ordené prohibir. Pero, apenas llegué a mi casa, después de ese acto meritorio, me retiré al cuarto de baño y entonces —mientras que, al mirarme ante el espejo, me sentía al parecer fascinada por mi propio cuerpo— aparece Vittorio, que mi ensueño se habría agrandado hasta convertirse en ese gigantesco guardia pontificio, en ese coloso que me sorprende en mi bidet y después desaparece, dejando caer una fusta como para señalar su invisible presencia y su pronto regreso, porque acaba de turbarme con su soberbio miembro; el gesto de mi mano que lo conmina a retirarse, aunque yo empiezo a titubear; la súbita irrupción de C., que me espiaba para

sorprenderme en flagrante delito de contradicción conmigo misma. Lo que le gusta a Octave —que toma este detalle de un incidente real— es que acabo de agarrar la fusta y, por tanto, que le revelo a C. el paso de Vittorio, admitiendo de este modo su realidad física, tangible, y que mientras renuncio al ensueño —en otros términos: yendo hasta el fin —, yo asuma su regreso inmediato, y por consiguiente acepte entregarme a él; y que en consecuencia niegue, de este modo, mi acto justiciero mediante el cual condené públicamente la obscenidad, al tiempo que estoy dispuesta a hacer uso de ella de inmediato. Ese gesto natural de una mujer que se defiende con todos los medios a su alcance, como el de golpear a su agresor —la fusta no es en ese caso sino un accesorio ciertamente vulgar—, Octave lo presenta, con inaudita perfidia, como un gesto equívoco por mi parte. Por eso, mientras me hace blandir la fusta para azotar a C. una, dos veces —que logra esconderse bajo mi falda, se burla de mí y de nuevo me mira provocativamente—, Octave supone que esos azotes anuncian otros, reservados a mí misma para el final, y que, con ese temor, voy a dar un tercer azote. Un instante después —y, para el lector de Octave, es el instante esperado, porque se me supone en ese momento en el colmo de la exasperación—, el coloso, más coloso que nunca, aparece detrás de mí, me toma por la muñeca, me inmoviliza; más aún —otro detalle real de ese incidente en el curso del cual, en efecto, me hice brutalizar—, el coloso me arranca la blusa, me desnuda los pechos y me muerde tan perfectamente en la carne de los hombros que yo suelto la fusta. Entonces comienza el juego, cronometrado como la relojería de una máquina infernal: progresivamente C. me explora por abajo y por delante, mientras el guardia pontificio, palpándome los pechos, se encarga de aturdirme con palabras tomadas del oscurantismo de Octave.

La idea de que el «coloso» y el «enano» no serían más que productos al principio inconsistentes de mi propio ensueño, y que ganarían en consistencia a medida que se prolonga mi silencio, se convierte en el engranaje de escenas inmundas que se suceden por etapas cada vez más indignantes: el

coloso me conmina a hablar, a decir lo que me hace; y, como insisto en callarme, mi complicidad aumenta, mi resistencia se desvanece, mis sentidos se inflaman y yo, la bellísima inspectora de la Censura, empieza a sudar a la vez de vergüenza y de placer; hasta que al fin…

Al margen de sus inmundicias, la intención de semejantes lucubraciones no puede ser más humillante para nosotras, las mujeres, porque sugiere al lector, sobre todo a nuestros jóvenes, las imágenes más falaces con el solo fin de estimularlos eventualmente a cometer acciones similares, acciones que les llevarán a experimentar la cruel sensación de vacío —ese vacío que nuestras parejas se obstinan en perseguir como «nuestro secreto»—. Octave construye todo eso a partir de algunos datos en sí mucho más breves y sutiles. En una palabra: ¡esa famosa noche, fui yo, evidentemente, la que tomó la iniciativa! Octave quiere a toda costa que en mi cuarto de baño siga siendo la misma que en la Cámara o en la Place Beauvau, que «encarne» a la Censura, etcétera, de donde extrae los indudables efectos de su infame guiñol. No duda un instante en pensar que no bien me hallo en mi casa, en mi terreno (el cuarto de baño), nada podría cogerme desprevenida; que si alguien incluso tan «temible», pero familiarmente temible, como Vittorio, irrumpiera, seguiría siendo capaz de recibirlo con decencia, y que esta decencia forma parte de la promesa de un placer, inminente sin duda, pero diferido, y eso con tanta más razón cuanto que la decencia es una buena estrategia ante un agresor que quizás una desea tanto más cuanto que lo detesta soberanamente por otros motivos. Y si se tratase de un agresor anónimo, ¿no sería mayor la tentación? Pero, claro, si Vittorio se hubiera acercado efectivamente a mí esbozando el gesto incongruente de mostrarme lo que me muestra en la escena imaginada por mi esposo… ¡Pobre Octave! ¿Por qué querer que yo sea tan mojigata cuando me sabes tan bella?, ¿por qué negarme el gesto tan natural de buscar con mis dedos el pájaro de Vittorio?

Lo que Vittorio me enseñó esa noche es una forma de placer de la que no se debería hacer gala, si una mujer quiere

disfrutar de él y un hombre quiere convencer a una mujer de que lo disfrute. Pues es un placer raro —¡*favete linguis*!—. He ahí el exacto motivo, el único de mi hostilidad hacia tus libros, querido Octave, y de ninguna manera la moralidad de las costumbres. O, si te empeñas: ¡la verdadera moralidad no sirve más que para preservar el valor de esos instantes! El orden se justifica, igual que la severidad, por ese «interior» que él conserva, de ningún modo el de la Place Beauvau. Y puesto que nosotras, las mujeres, somos las guardianas eternas de esos preciosos misterios en los que ustedes, impacientes pero tan inveterados neófitos, quieren iniciarse, acuérdate de esta máxima del divino Augusto: ¡demasiado pronto se realiza lo que se realiza como uno ha deseado!

Vittorio vino a contarme sus infortunios. Yo lo consolé, le prometí mi apoyo y —al verle en ese momento irresistible en su extrema palidez (¡oh, ese miedo oliváceo de los hombres, es adorable!), temeroso de perder la libertad, y hasta la vida, él, que antaño me había amenazado— lo encaminé hacia lo que él no esperaba encontrar esa noche. De golpe, resucitó. Quizás al principio fingía un poco de apatía. Pero ¿qué importa? Si su gestión debió de parecerle un tanto humillante, tuvo su desquite. La sorpresa que me dio entonces fue la que Octave ha descrito en su *Roberte, esta noche*, no sin cierta veracidad, como un castigo de la mujer, indispensable al placer del hombre; y ¿cómo callar que lo sentí como una vejación? Lo más gracioso fue que Vittorio pensaba vengarse así de mí, por haberle quitado al pequeño F. durante mis últimas salidas. Esto fue quizá lo que me impidió desmayarme mientras la ofensa se convertía en delicia. Vittorio me infligió lo que suele hacerles a los muchachos y que le costaría la cárcel. Tras levantarme la amplia bata que me había puesto al llegar él, me encontró con la blusa puesta, pero ya sin falda, ceñida en mi nueva faja, de muy buen corte y que se amoldaba de maravilla a mi vientre y a mis flancos. Hizo salir mis pechos sólo hasta la mitad, al tiempo que descubría mi trasero y, sin hacer caso de lo demás, lo supo acariciar con mucha habilidad —homenaje que era de lo más habitual para mí—, cuando sentí que me

atravesaba de abajo arriba —¿cómo decirlo?— una ardiente sorpresa. Me curvé hacia delante, me arqueé, pero él me sujetaba con firmeza. Su primer asalto me había producido una fuerte contracción, pero no bien se hubo retirado él no menos bruscamente, me abrí por allí con una untuosidad hasta tal punto loca que al sentirlo entrar de nuevo volví a cerrarme, con tanta facilidad y delicia que mi atributo se desarrolló hasta alcanzar el ancho de mi pulgar. Me moría de ganas de que lo tomara entre sus dedos, me moría de miedo de que no le gustara…

El interés que, en tales momentos, los hombres muestran por ese atributo aparentemente «oculto» de nuestra persona demuestra cuánto les importa tomamos por criaturas «descaradas». No quieren que seamos sino su doble, y en ese doble exageran lo que no pueden tener ellos mismos y reducen lo que ellos mismos tienen de excesivo. Nos convierten en la imagen de su propia indolencia, pero no porque seamos más débiles que ellos. Una mujer que se pasa en la cama la mitad del día no es para ellos ningún motivo de escándalo, sino, al contrario, un signo tranquilizador de que la existencia se afirma no menos triunfalmente en el rechazo del esfuerzo que en la laboriosidad. Les resulta más desagradable vemos, también a nosotras, demostrar energía, paciencia, discernimiento. Temen con razón no encontrar fuera de ellos criaturas que asuman con naturalidad lo que ellos mismos deben ceder para seguir siendo hombres, o sea, el pensar, trabajar, mandar, construir; en una palabra, dirigir a la especie humana. Todo eso sólo pueden hacerlo si sienten esa tibieza permanente que emana por olas sucesivas de la zona que nosotras creamos alrededor de ellos. Por poco que una de nosotras —miles actualmente— se atreva a salir de esa zona y a intervenir en su trabajo, sólo nos admiten con la condición de obtener de improviso esa sensación de debilidad que saborean en nosotras cuando permanecemos inactivas. Si olvidamos eso, corremos el riesgo de volvemos desagradables. Una mujer que intenta cualquier cosa en el terreno de la actividad viril no interesa al hombre más que en la medida en que corre siempre el riesgo de fracasar en el

campo del hombre y, por tanto, de no alcanzar un fin que se ha arrogado de manera ilegítima. Pues en cuanto una mujer se propone tener éxito, ya se trate de un guiso, de un traje, de la educación de un niño, de ejercer la abogacía o de echarse un amante, no titubea y llega incluso a sacrificar sus ventajas iniciales. Eso está inscrito en nosotras por nuestro sentido innato de la ley, una ley que nos vuelve para siempre inaccesibles a los hombres. Porque es la misma ley que nos convierte en criaturas atractivas por su pasividad y tanto más deleitables cuanto que nuestras incorregibles parejas consideran esa facilidad todavía «engañosa» y, por tanto, siempre susceptible de ser castigada; esa misma ley nos hace imperdonables y decepcionantes a sus ojos en cuanto la obedecemos y, gracias a esa obediencia, somos capaces de tener la cabeza en otra parte y no entre sus manos, de apretar los labios bajo sus ávidos besos; ley detestable para aquellos que nada desean tanto como vemos transgredirla. Nos detenemos, ayudadas regularmente por una saludable «fatiga». Pero entonces, en el punto en que nos resignamos sin esfuerzo, a pesar de nuestras charlatanerías, que jamás se contienen ni calman —¡y ellos cuentan con su indiscreción! —, nosotras ganamos. El tiempo trabaja a nuestro favor y nos adaptamos a una frialdad aparente que nos apacigua. Nos atrevemos a tejer —¡hay tantos nacimientos, tantas abuelas frioleras!—, escribimos a máquina, tocamos el piano, leemos —¡cuando tenemos tiempo para leer!—, cambiamos de peinado tantas veces como obligaciones tengamos en distintos lugares y, en la Place Vendôme, gozamos de la vesperal dulzura de los salones para señoras a la sombra de los Fermiers Généraux; estamos lo mejor maquilladas posible aunque no recibamos a nadie. Sin embargo, aparecemos en el momento requerido, ya sea en la empresa que una dirige, ya sea en la tienda de modas o en la galería de arte recién inaugurada, ya sea en su bar —desde luego, me hubiera encantado esta divertida profesión—, ya sea en su bufete, en su laboratorio, ya sea, por último, en la tribuna de la Cámara. Ningún hombre se nos acerca al despertar ni a la hora de la comida. Pero, durante la cena, tu amante te mira con estupor,

afirma que estás enojada por no se sabe bien qué tontería, ajena a un mundo de fuego y de sangre, impermeable, tallada en roca, y tú lo escuchas, con un cigarrillo entre los dedos, para no responder sino con unas cuantas bocanadas de humo. Nuestras parejas están desconcertadas: esa paz, esa paz plena que reina en nosotras, la toman por una laboriosa estratagema. ¿El alegre pajarito está en huelga? Es la última de las astucias. Pero ¿qué mujer, aunque sea la menos rutinaria, no ha sabido, no ha sucumbido, diría yo, al provecho que puede sacar de ese obstinado error propio del sexo masculino? Si es necesario, y tu neófito familiar te sorprende a una hora inesperada, hasta el grado de encontrarte vestida demasiado ligeramente para que un último rechazo no pueda hacerte parecer demasiado seca para siempre, no dudes un instante en hacer salir del bosque a Pulgarcito: siempre ha estado lo suficientemente húmedo para poder mostrarse mojado al salir del bosque. Mételo inmediatamente, y déjalo evadirse de nuevo. Si por casualidad se infla hasta tener el tamaño del dedo gordo del pie, oculta tu cara: la fábula de la rana y el buey no te incumbe; semejantes fanfarronadas dicen mucho, y ése es un cuento que tu pareja no lograría olvidar en quince días. Si el pequeño fanfarrón permanece seco de todas maneras, disimula enseguida, pórtate borrascosa, sacúdete; así, como en los momentos de gran tempestad, tu explorador se irá más seguro de sí mismo, tranquilizado: su meteorología es infalible. Y entonces duerme en paz u ocúpate de tus sanas necesidades; le has dado una vez más lo que buscaba: la más vil idea de ti misma.

Ciertamente, no estoy en la mejor situación para impartir semejantes preceptos: provista demasiado generosamente por la naturaleza, no hay manera de que después de estar conmigo un hombre no se aparte aún más convencido de nuestro impudor innato de lo que estaba ya. Todo lo que puedo decir es que semejante atributo está en la mente de nuestros hermanos melancólicos mucho más que nuestra propia presencia. Parece que, para Vittorio, ese exceso de gracia informaría mejor al soñador de Octave que todo lo que

podría confesarle jamás, hasta tal punto estaría siempre en las manos de… ¡oh, ingenuos obstinados, colegiales eternos! Y, en efecto, basta con que una mujer ejerza una mínima función viril, se le ocurra mandar, aparezca con los atributos de la fuerza y de la violencia, del derecho, de la justicia y de la caridad, reina, abogada, enfermera, azafata o chica del gánster en traje muy ceñido y con el revólver en la mano enguantada, para que todo ese aparato fasto o nefasto sugiera al hombre el encanto de un poder siempre desenmascarable y, por tanto, de una voluptuosa impostura que tiene mucho que ver con ese inolvidable detalle de nuestra estructura física que nos haría merecer el látigo que, como «domadoras», blandimos. El hombre no aceptará jamás fraternizar con ese adversario, un adversario que ataca, pisa su terreno y se deja vencer… para aprisionar al vencedor en su aberración.

Diario de Octave (Continuación)

¿Qué sentido tiene que uno coleccione para sí mismo cuadros que procurarían un goce legítimo a muchos, quizás a un montón de gente tan sensible como yo? Pero es tal casualidad… ¿Qué sentido tiene ese amontonamiento? En mi caso no se trata de colocar mi dinero, sino de negarme a contribuir a la indudable decadencia del arte eterno, a la que necesariamente llega ya la siniestra «alta fidelidad» de los fraudulentos medios de reproducción; pero, además, me enorgullezco de sustraer la obra a las miradas… ¿del que no tiene derecho?, no, mejor del que no puede saberse más que desdichado, en la medida en que no dispone del ocio indispensable; del que no puede saborear el goce soberano de la obra que brilla en el espacio y recoge su propio brillo —i oh, respiración inalterada, libre incluso de la ofensa de la más comprensiva mirada!—. Pero ¿qué sería un cuadro si no se mirara? ¿No es entonces cuando empieza a vivir? ¿No muere cuando uno se aparta de él, para renacer en la siguiente mirada? Cállense, conozco su argumento; no hay nada más vivo —y ahora, dejen de confundir «vivo» con su lamentable agitación—, no hay nada más vivo, decía, que el Louvre abandonado cada noche a sí mismo; es la sensación más singular que me ha sido dada conocer: las telas cara a cara, ese murmullo, oh, puramente espacial, de las estatuas: una gloria que no puede compararse a nada salvo al nocturno conjunto de los astros, salvo al Santísimo Sacramento… Ésa es la «presencia real», que no los necesita… Y ya que de mirar se trata, mejor un solo conocedor que tres millones de imbéciles sujetos a su Seguridad Social. París podría morir de hambre y de frío —oh satánico abad Pierre— y no por eso sería menor el placer que me proporciona la contemplación de *La bella versallesa*. La opinión que goza hoy de más popularidad —la de que más valdría sacrificar el museo del

Vaticano o quemar el Louvre si con eso pudiera salvarse la vida de millones de niños—, ésa es la aritmética sin solución que produce el frenesí de reproducirse; ¡suénense, entonces, montón de cochinos! Abocado de antemano al mal incurable, no sólo no me siento «liberado de antemano», como usted insinúa, mi querido primo canónigo, sino que al nacer he adquirido el derecho a la inalienable maldad; ésa es mi ortodoxia… «¡Basta! Si usted oyera gemir a un niño con meningitis, a un mocoso al que hay que operar sin anestesia, si viera a un joven desfigurado por una atroz enfermedad, quemaría todo por salvarlos, si se pudiera». ¡Pero, claro, eso es totalmente cierto! Ante esta horrible debilidad que nos viene de la llaga abierta en nuestra alma intacta en el origen, por ese chancro temible que ustedes llaman la responsabilidad, esta brecha por la que se hunden en nosotros los aullidos de esas miríadas de víctimas, este huracán que nos lanza fuera del ser, que nos sacude y nos hace perder pie sobre esa plataforma tan estrecha que el ser reservaba a nuestra expuesta persona —porque no somos más que «expuestos» antes de volvemos «audaces»—, ¿quién entonces, si pudiera, no colmaría esa brecha, aunque tenga que vivir como un monstruo sereno, nacido ya muerto a la piedad? Si eso no es cierto, entonces la felicidad no es más que un horror, y eso sí lo entienden ustedes, siniestros profesores del aburrimiento, ustedes, que han asentado su desvergonzada reputación sobre los latidos de esa herida, sobre las hábiles irritaciones que ustedes mismos le procuran. ¿Horror a la felicidad? Horror a la vida, a la que ustedes se dedican a pisotear de manera refleja, hasta tal punto se ha convertido para ustedes la vida en sinónimo de injusticia, de escándalo, de atrocidad. No dormirían tranquilos el día en que no quedaran torturas, verdugos, exterminaciones que denunciar; y el día en que eso suceda en nuestras calles, nuestras casas, nuestros cuartos, conozco a más de uno que tomaría el avión para Venezuela. ¿Y yo? ¿Qué harías tú? ¡Ah!, inmundo cretino, una buena jugada, confiésalo: para que no te fusilen, entregarías cobardemente a tu mujer al asiático y, sentado en tu silla de ruedas, gozarías de su vergüenza hasta reventar.

Pero hasta entonces… Mientras llega ese «hasta entonces», déjenme en paz, y tomen el avión enseguida. La felicidad es ceguera o no es. ¡Ceguera, mi feliz cegato! Y tú, canónigo, tu beatitud final no existe, en tanto que no es ceguera. Si no, no escaparía al eco del rechinar de dientes que sube desde las penas eternas, a tal grado que tu Juan XXIII ha negado que la visión beatífica pueda comenzar antes de la desaparición de este mundo. Pero instalar a los bienaventurados en un anfiteatro mientras en la arena humeante y sin fondo gesticulan, gimotean y se retuercen pecadores y pecadoras, tal como lo propone el doctor Angélico… ¡En verdad, cómo no preferir mi Louvre, puesto que, a pesar de todas la miserias, no hay ya motivo por el que la visión beatífica así concebida no comience allí! En cuanto a ustedes, propagadores de malas nuevas, envenenadores a sueldo de nuestros momentos de suerte, hagan entonces algo útil por una vez, como luchar para que durante diez años se detengan los nacimientos. Mi alma está enclaustrada, así que apenas ayer me concedí, excepcionalmente, un cuadro vivo, y eso por una bonita suma que de inmediato les negué a las familias de refugiados… ¡Oh!, apestaban, esos refugiados… No, ¿para qué sirve el DDT? ¡Y decir, mi buen Philippe, que esos buscapleitos se impusieron a ti! Ah, la extraña belleza de esa época en la que el teutón nos hizo tan soberano favor: uno podía pasearse tranquilamente por los muelles poblados de los más bellos recuerdos, redescubría París, y los árboles recobraban su fuerza y gracia originales, como si despertaran de un largo sueño, de ese largo invierno de la infame Tercera República, meciéndose con la idea ilusoria de la vuelta de la Restauración… Mis lágrimas se mezclan con los mocos que manchan mis largos bigotes, y mi suciedad no es más que un traje de luto que se lleva en honor de esa oportunidad desvanecida. ¿Recuerdas, Philippe?, convinimos en devolver otra vez por etapas, si no a toda Francia, al menos a la región parisiense, su aspecto real de antaño. Para eso, no más fábricas y, al mismo tiempo, no más cinturón rojo. Dejar a los *fritzies* llevárselo todo, no sin antes enviarles además el mayor número de gente posible, vaciar a Francia de sus

inconformes, no quedarse más que con las mujeres y los niños, ver a Alemania hincharse de mano de obra y a la larga ahogarse en sus crisis industriales, sus revueltas, para finalmente hacerse devorar por Moscú. Cuanto más hubiera durado la guerra, de más tiempo hubiéramos dispuesto para sanearlo todo con calma. Remataríamos África del Norte e Indochina al mejor postor y, ricos en divisas, nos encerraríamos en nuestro reino de Syagrius resucitado. Nada más lleno de sentido común: con una densidad de población sabiamente dosificada, se regresaría a una civilización artesanal, una civilización manual —¡je, je!, «manual» en más de una dirección—. París se haría inaccesible, primero para poner fin al éxodo del campo hacia la capital: clavar a las familias campesinas en su suelo, en el terruño, y multiplicar la laboriosa raza de los habitantes de Auvergne, distribuir a esa gente laboriosa en todas las provincias. ¡Imposibilidad de encontrar trabajo en París, donde no se permitirá residir más que a las familias que lleven un mínimo de setenta y cinco años viviendo allí! ¡Pocos hombres jóvenes, pero muchachas y mujeres en abundancia y muchos viejos! Que nadie ostente ningún alto cargo público antes de los cuarenta y cinco años. ¡Por tanto, nada de jubilación! Familias numerosas, sobre todo en parejas sin recursos. Una pobreza bien organizada, alimentada, limpia, gozando de una vida mediocre, un proletariado disperso, destinado a desaparecer junto con las últimas fábricas. Así, París, convertido de nuevo en ciudad burguesa, habitado por parisienses sedentarios de vieja cepa, sólo albergaría bibliotecas, museos y espectáculos… Por último, sólo habría un Senado nombrado por jefes de familia de por lo menos sesenta años. El Viejo, desde hace más de un siglo, el Viejo ha salvado siempre al país, y la petulante juventud lo ha arruinado. La juventud, en Francia, no ha dejado de diseminar viento, de producir viento. Toca al teutón, al eslavo, identificarse con la tempestad; e incluso el teutón parece estar cansado de ella para siempre. En cuanto a nosotros, primero necesitamos amargamos para hacemos correosos, más taciturnos, y sobre todo más avaros de lo que somos. En nosotros, no es la generosidad la que se muestra

creadora en la vida social; al contrario, la generosidad no ha sido nunca nada salvo desperdicio, y ninguna obra nacida de una iniciativa generosa ha subsistido. Pero la desconfianza, la maledicencia, la delación, la maldad de sangre fría que alberga el espíritu impasible, ¡eso es lo que antaño nos hizo grandes en el más perfecto desprecio del prójimo! Todas esas son virtudes que sólo florecen con el frío de los años, porque en más de uno de nosotros, bajo esos fríos, arde el fuego. Enseñar a los jóvenes que no hay nada más importante que prepararse para la vejez, el más bello pedazo de la vida si uno llega a él —permanecer sobrio, guardar continencia—; en ese sentido, son útiles los curas, hasta los cincuenta años. Pero entonces, con toda la vitalidad contenida, con todo el semen atesorado igual que el dinero, llevados por la menopausia, gozar del dorado crepúsculo de la vida es, me parece, a cuanto podemos aspirar en este rincón de la Tierra, uno de los más llenos de posibilidades. Tal es el sentido de nuestros últimos grandes pintores: han fijado para siempre la imagen de una vida condenada a desaparecer.

Diario de Roberte (Continuación)

«Si me dejara ir del todo, miraría con más apetito la naciente virilidad de mi sobrino. Pero me costaría negarle al mismo tiempo mi ternura. No siento ninguna por el pequeño F. o el pequeño X., de los que Antoine quizá con razón está celoso. He soportado las insolencias de estos dos no sin cierto placer, y he hecho mal en no dejar algunas huellas sobre sus dedos sucios e ingenuos. Pero para Antoine, que no sabe nada, es mucho mejor así: dentro de dos años, no pensará más que con una sonrisa, turbado, en las pequeñas penas que le causo en nombre de su equilibrio —y una bella joven terminará mi tarea».

Esto había pensado yo siempre… hasta muy recientemente, cuando caí en la trampa que me preparó el viejo. ¿Qué va a suceder ahora? Es imposible que Antoine haya podido comprenderlo, que no sienta náuseas al recordar mi jardín, donde lo hizo tropezar ese fraile libertino… Roberte, para él, ya no es más que un pozo infecto… No se ofende impunemente el olfato de los jóvenes… Y yo misma, ¿qué he hecho?, ¿qué quería? ¿Curarlo de la alta imagen que tenía de mi persona? ¿Por qué esa brusca decisión, esa súbita impaciencia por mi parte? ¿Esa destrucción en un abrir y cerrar de ojos de todo lo que había cuidado, elaborado con tanto placer como esfuerzo? ¿Por qué me he desprestigiado así a sus ojos, cuando no había nadie que pudiera reemplazarme de inmediato? ¿A qué he obedecido? ¿Me ha hecho hasta ese punto Octave dócil a sus infames visiones para que entrara de golpe en el cuadro que él se complace ahora en pintar? ¿Sojuzgaba, hasta el grado de sacrificarla con mis propias manos, la inocencia de mi sobrino, sobre la que descansaba mi libertad? ¿No es cierto entonces que ese inmundo *voyeur* que tengo por esposo me horroriza? ¿O no vivo en las verdades de ayer sino porque son las mentiras de

mañana? ¿Será cierto que necesitas, Roberte, a ese vejete que suda vicio, que lo amas por sus lisonjeras ignominias?

Me tomo la cabeza entre las manos. Mis pensamientos se detienen y el perfume de mis palmas me embriaga. Maldición, me adoro; sí, mis manos tienen más realidad para mí desde que ya no saben proteger la inocencia de un ser vulnerable, estas manos mías, que ya no saben defenderme de mí misma, mis bellísimas manos, que ya sólo sirven para afirmar mis derrotas. Antoine las ha visto en acción; espero que, al menos, ellas le hayan dado algo más que el placer que se prometía: el deseo de volver a sentirlo —porque, con respecto a la prueba de ese placer, tienes las manos llenas, Roberte—. ¿Cómo mostrarle el camino entonces? Invoco no sé qué religión desaparecida que me daría la certidumbre de haber observado con eso alguna gran ley eterna que me sobrepasa y me santifica. ¿Santifica? Divago… ¿Qué es esto? Y llamarme puta, como hacía Vittorio en presencia de mi sobrino, me da un enorme consuelo. Por tanto, heme ahí esposa fiel del más detestable de los esposos, indigna pariente del más encantador de los sobrinos. Y hete ahí que no puedo escribir «encantador» sin que se imponga la juvenil petulancia de su cuerpo floreciente… Una buena jugada, Roberte, como dice el increíble Octave, y repasemos la escena… He llorado, y mucho, después de eso, pero ello es el precio de la piedad familiar. Que una mujer se rebaje hasta ese punto delante de su sobrino… ¿Voy a empezar a berrear de nuevo? Ya está hecho. «Lo mejor, ¡ay!, sería volver a empezar por segunda vez», eso es todo lo que me ha dicho esta mañana G., mi padrino, a quien he bañado con mis lágrimas a causa de eso. Empezar una segunda vez —con más decencia, menos preparativos— pero volver a empezar otra vez. Mis muslos se han entreabierto… mientras escribo con aplicación, como la joven diaconisa que era hace quince años. Son las cuatro, me esperan en la Cámara, esa náusea también tiene con qué distraerme de la otra.

Diario de Ocave (Continuación)

(CONTINUACIÓN DEL CATÁLOGO COMENTADO DE MI COLECCIÓN)

La bella versallesa

Bajo las altas arcadas de la Rue de Rivoli, cuya continuidad forma el fondo del cuadro —a lo lejos arde el Palacio de las Tullerías—, hay tres grandes figuras, abajo, en el primer plano: una dama entre dos hombres. A la dama, joven, elegante, tocada con un sombrero de ala ancha, la empuja uno de los dos individuos —unos «comuneros»—, y la arrastra el otro, casi un adolescente. El hombre de la derecha, de gran corpulencia, tocado con quepis, blande el paraguas que ha arrancado a la joven y va a golpearla con él, mientras pasa un brazo bajo el corpiño, ya hecho jirones, y ase con toda la mano el pecho desnudo. En efecto, después de que a buen seguro le quitaran la falda durante una primera paliza, porque ella lleva sólo bragas de encaje, la joven, suspendida por los dos hombres, inicia en su huida un paso de galope con sus largas piernas enfundadas en medias de seda gris oscuro; tiene la pierna izquierda ligeramente flexionada, el pie golpea el suelo con el alto tacón de su zapato, la pierna derecha, rodilla en alto, forma un ángulo recto, y el muslo, de perfil y desnudo por completo, contrasta con la pantorrilla cubierta de seda. El pecho se ofrece de tres cuartos, el cuello alto, la cara vuelta hacia el agresor de la derecha, y frunciendo las cejas bajo el ala ligeramente inclinada de su sombrero amarillo paja. Sus bellos ojos grises lanzan una mirada indignada e interrogante, tiene la nariz recta, las mejillas llenas, los labios arqueados con tanto desdén como gracia, la piel pálida, ligeramente ruborizada en las mejillas, la barbilla redonda que cierra el óvalo perfecto de ese rostro

cuya base roza el hombro del brazo desnudo estirado horizontalmente, que descubre así el hueco castaño de la axila y por completo el pecho que se sale del corpiño desatado. Tiene el antebrazo izquierdo levantado pero desviado con fuerza —el joven la toma vigorosamente por las muñecas—, el brazo derecho igualmente estirado pero doblado por el codo, el antebrazo en alto, pero la mano enguantada ofrece la palma, cuya carne aparece por la abertura del guante, los dedos plegados sobre el hueco de la mano, el pulgar apoyado sobre la falange del índice, expresando la vana resistencia, mientras la mano izquierda, que uno ve de revés, con todos los dedos estirados, esboza un gesto de espanto en el que lo patético da paso a la provocación. El adolescente, en camisa, de poderosa nuca, el pecho echado hacia atrás, pero la cabeza inclinada hacia delante, desmelenado, la mirada loca, la boca burlona y llena de jactancia, tira de la dama hacia él con sus rudos brazos, apoyando un pie contra la parte baja del muro, mientras tiende la otra pierna hacia delante, lista para recibir sobre él a la dama en su caída, la cual intenta una última defensa con su rodilla levantada. En cambio, el agresor de la derecha, a pesar del gesto de la mano llevada al corpiño, parece menos ganado por el deseo que por la vulgar satisfacción de azotar en las nalgas a una dama de condición, y una impaciencia extrema, una brutal avidez del placer que le asegura la circunstancia animan al adolescente, cuyos fuertes puños de muchacho carnicero —que por su tono rojizo contrastan con las manos enguantadas de la bella— aferran firmemente las muñecas femeninas. Y, en efecto, era importante que semejantes manos, espléndidas, con los largos dedos estirados, allí plegados sobre el hueco de la mano, se pintaran revestidas de guantes de piel; aquí el refinamiento del artista estribaba en mostrar esa desnudez de los brazos de alabastro, ese tono ocre de los muslos, en particular el del muslo levantado, esos tonos malvas y azules de la braga, ya arrugada, al tiempo que no dejaba sino adivinar la epidermis de esas bellas manos, su flexibilidad y su nervosidad bajo los guantes de piel gris oscuro. Ya el pecho y el vientre, antes de

los encantos más secretos, son entregados, mientras que la emoción de la bella versallesa sólo puede disimularse con esos guantes, símbolo de la distancia que ella querría poner entre ella misma y las miradas de los demás; esa precaución por prevenir la injuria de los contactos no contribuye más que a realzar su derrota social al tiempo que la derrota de un pudor establecido. Si los dedos estirados expresan el pavor, la mano, con los dedos replegados sobre la palma —cuya epidermis emerge en la apertura del guante—,' trasluce sensaciones vergonzosas. Y aunque los efectos psicológicos de semejantes emociones se prestan difícilmente a la descripción pictórica, es evidente que la manera en que el artista ha tratado ese detalle no deja de tener una fuerza de sugestión que me disgustaría callar, porque sería malsana y, sobre todo, poco interesante con respecto al oficio. De todas maneras, no es por el oficio por lo que el artista me obliga a pensar que el joven, en su apresuramiento, no se preocupará solamente de desguantar esas manos; y que, seguro de su presa, pensará mucho menos en vengar a sus camaradas que en hacerle sufrir a la joven la violenta voluptuosidad que le inspira. Poco importa que, culpable o no de atrocidades femeninas hacia los prisioneros comuneros, la bella versallesa sienta entonces como un castigo o como un ultraje el goce que el muchacho le arrancará con toda seguridad. Se me dirá que todo eso son cuentos, que sueño en voz alta, pero llamaré la atención del aficionado poco atento sobre la notable relación que, en este cuadro, existe entre la mímica de las manos y la factura del rostro de la dama. No hay más que observar la acabada ejecución de ese fragmento, el tono marfileño de la palma en la apertura del guante, los dedos plegados, el dibujo de las uñas bajo el cuero, hasta los puntos de costura sobre el reverso del guante, para comprender la función que cumplen esos detalles en esa parte superior del cuadro, donde, a la altura del largo sombrero, cuya ala inclinada sobre los ojos se suma a la coquetería de la mirada indignada, esas manos enguantadas cobran gran importancia en relación al conjunto. La impresión que se desprende es la del cuerpo femenino vestido, engalanado, disimulado pero desvelado en

sus extremidades —peinado, afeites, guantes hasta arriba, zapatos, medias de seda desde abajo—, mientras que el desvelamiento de las partes medias anticipa el momento de la posesión violenta. Porque el sombrero con listones, los guantes de gamuza, la fina ropa interior de encaje, una vez perdido el vestido de polisón, concordaban con la arquitectura altanera de las arcadas de la Rue de Rivoli; pero las Tullerías, hundiéndose en las llamas, y el patalear enloquecido de los altos tacones, y el sedoso enervamiento de las piernas enfundadas en medias, y esa separación medrosa de los muslos en el espacio humeante de cólera, y esos tonos cálidos con los que brilla la epidermis de ese vientre ofrecido al populacho, todo eso, sin embargo, testimonia las quemaduras de un fuego más sutil: tantos son los aspectos que ni los agresores ni un testigo fortuito del incidente hubieran podido siquiera vivir, porque no habrían tenido tiempo, y sólo puede vivirlos la propia joven. ¿Hay que creer que, al pintar la ruina de su vanidad social, el artista le haya prestado tanta premeditación a los gestos como ha puesto él mismo en ese cuadro, o se ha vengado al mostrarla en el desencadenamiento animal de sus propios reflejos? ¿Habrá él compuesto una vileza descompuesta? ¿Es eso ofrecemos un objeto de contemplación que asegura la tranquilidad del alma? ¿No es la función más noble de la pintura el procurarnos una quietud sin remordimientos? ¿No sería ya un riesgo suficiente para mi propia descripción, si no se apoyara en la realidad material del cuadro, el que dejara transpirar un ensueño mórbido? Quizá Tonnerre soñaba de manera análoga, pero él ha sometido sus larvas a los rigores de su oficio. Helo ahí justificado y liberado, aunque él haya vuelto a empezar más de una vez. Muerto él, poco menos que desconocido, su cuadro, imposible de exponer, me ha valido más de un reprensible momento. Si lo expongo, le daré una dudosa celebridad. Si lo guardo para mí, las palabras que su tela me sugieran querrán convertirme sin cesar en el alelado testigo de ese eventual y horrible incidente. Pero una y otra vez caigo en el margen, en la impalpable región que crean, menos de lo que la ahondan en mi espíritu, esas ardientes

palabras fustigadas, arrancadas a este fin de mis días: la bella versallesa… Por lo demás, aplaudo de todo corazón el sabio rigor de los responsables del orden, el cuidado que ponen en evitar semejante exhibición plástica a las miradas de los jóvenes, ¡sobre todo a la multitud!; hay que dejar que los aficionados avisados se reserven el goce exclusivo.

Diario de Roberte (Continuación)

Este día termina para mí en los confines del delirio y la vergüenza: no puedo vivir con la conciencia de semejante fracaso, aturdida por sensaciones físicas que me vuelven irreconocible para mí misma. No puedo tampoco separarme bruscamente de Octave, del que todo el mundo sabe que está achacoso, sin provocar la alarma de las dos familias. Quedaría entonces un último, inconcebible recurso: precipitar su fin. Consideremos cara a cara al menos esa salida, por loca que parezca (aunque tenga que romper esta página una vez escrita, porque, para no pensar más, hay que decirlo): finiquitar a Octave lentamente, sordamente, con mano segura —su estado se presta ya por completo a no despertar ninguna sospecha: volverlo todavía más chocho de lo que está—. ¡La extrema facilidad con que caigo yo misma en semejante agujero explica sin duda por qué jamás había pensado yo en eso, cuando podía tan legítimamente! Pero… ¿no corresponde todo esto a su estilo? ¡Ah!, mi vergüenza me sabe todavía demasiado bien y no me permite escaparme mediante ese gesto ingenuo. Que ahora le desee la muerte significa que él sobrevive inútilmente a su obra y me impide vivir al fin tal como él ha querido siempre que yo fuese. ¿Y después? Seguiré siendo capaz de tomar de nuevo a Antoine entre mis manos: me serviré de su pasión, en adelante la satisfaré con más seguridad; lo lanzaré mejor a la existencia. Y yo misma seré más fuerte por haber convertido en triunfo lo que hasta entonces no fue para él más que una nociva quimera…

Diario de Octave (Fin)

(ÚLTIMAS NOTAS DICTADAS
EN SU LECHO DE MUERTE A VITTORIO)

Extraño cuadro vivo el que me fue ofrecido para celebrar mis setenta años: *La bella se hace sorprender mientras envenena a su viejo esposo adormilado*. Un «pretendiente», del que ella rechazaba los requerimientos en favor de otro, aparece en el instante en que ella acaba de obligar a ingerir la copa envenenada, que tiene todavía en sus manos, en la cabecera de la cama de su víctima. Estupefacta, ella permanece inmóvil, sudando de oprobio, mientras que el temible testigo, con la amenaza de denunciarla de inmediato, le desnuda la grupa y, con toda la calma del mundo, prepara sobre las nalgas admirables los caminos de su doble venganza. Siguiendo sus órdenes, ella conserva la copa en la mano, el índice y el pulgar reunidos sobre el pie de la copa, la palma a merced de los labios del «envenenado» (yo mismo). Este último, con los ojos medio cerrados, espía los estremecimientos de la mano criminal y voluptuosa a medida que el temblor del castigo que va a recibir se comunica a sus dedos y a sus uñas chispeantes de bajeza. En efecto, el «pretendiente» (Vittorio), tras levantarle con una mano el vestido y lo de abajo, le indica a un joven personaje, vestido de escarlata y enmascarado, el verdugo, que se acerque. Roberte, en el papel de la envenenadora adúltera, a pesar de su gustosa aceptación a prestarse al juego del cuadro no imagina la identidad del joven travestido. Eso confirma mis sospechas *in extremis*: ella cree tenerme ya y para siempre demasiado «entenebrecido» como para que me dé cuenta en ese momento de la presencia de Vittorio, y cree que también ignoro del todo sus relaciones fortuitas con el pequeño F. Ella cree tener que ver con él bajo la figura del travestido, cuando

éste no es otro que su propio sobrino y, en efecto, asisto al desquite de Antoine, y el carácter de su personaje se lleva de maravilla con el rencor que lo mueve y con el cual roza ya las partes castigables de la «envenenadora». En su lúcida agonía, el esposo «envenenado» ve, con un ojo, cómo la bella mano suelta la copa ya vacía; de pronto, con un loco ataque de risa, dictado por su propio papel, Roberte levanta los dedos, los estira sobre mis párpados y, apoyando la palma sobre mis labios, mediante el furioso aullido que lanza en plena pantomima me indica que se ha hecho justicia… ¡Ah!, entre sus largos dedos, separados, he podido ver igualmente, veo todavía, veré siempre…

¿Qué? ¿Han llamado? ¿El canónigo?… Por ningún motivo… Todo está perdonado ya… Que le digan: «Todos los cielos se regocijan».

Diario de Roberte (Continuación)

Al fin la paz. Pero ¿puede creerse? Octave ha sido llamado por su Dios. Oh, ¿qué liberador milagro podría arrancarme acciones de gracias más sinceras, más gozosas? Dios mío, si contra toda evidencia existes, me has evitado una última mancha; mi padre, el pastor, citaría enseguida: «No seréis tentados más allá de vuestras fuerzas»… Sin embargo, si no creo en el soberano juez, me resulta aún más difícil creer en la muerte de Octave: me espía desde más allá de la tumba. ¿Seguiré siendo, así pues, eternamente su figurante? ¿Voy a prestarme a escenificaciones póstumas, a tender la oreja a sus aplausos? ¿O será la desaparición de su mirada la que bruscamente me toma desprevenida? Heme aquí sola, devuelta a mí misma, y ya no habrá más ese perpetuo comentario de mis gestos, de mis pasos. Esa mirada sobre mi vida que tanto temía. Y hete aquí que, de ahora en adelante, esto será aún más temible. Antoine, por su propia cuenta, no espera sino una cosa que yo, por mi propia cuenta, me siento llamada a satisfacer —y ya que la vida ha dejado de ser un espectáculo, la vida recomienza, pero aún más seria y grave que antes, ya que se trata de formar un amante.

Pero, precisamente porque la vida debe seguir, es necesario que encuentre una vez más el recodo en el que me había despedido de mí misma, tal como era entonces, hace diez años…

Diario de Roberte (Fin)

(CONTINUACIÓN Y FIN DE LAS IMPRESIONES ROMANAS)

Nec dolent prava, sed frustra voluisse

Séneca

Encontrándome en Roma la víspera de la entrada de los aliados, en mi calidad de voluntaria de la Cruz Roja sueca, pasé allí las horas más singulares que haya podido vivir una joven de vieja cepa calvinista, que ve puestos a prueba los principios de su santa religión. Mi padre, el pastor J., había aplaudido mi propósito de interrumpir mis estudios de Derecho para unirme al convoy de médicos y de enfermeras que se formó en Ginebra, donde había pasado el mes de agosto de 1943. Y gracias a mi tío, el profesor B., de la Facultad de Medicina de Ginebra, no me fue difícil, aunque soy francesa, desembarcar en medio de la Ciudad Eterna, todavía en manos de Kesselring. La caída de Mussolini, la formación del gobierno de Badoglio, la lucha entre la administración italiana y los restos disfrazados de la Gestapo y de la policía fascista, el golpe teatral del rapto de Mussolini por el paracaidista Z., eran algunos de los tantos incidentes que, en el ámbito de las embajadas neutrales, alimentaban las conversaciones en el curso de innumerables cócteles, bajo los últimos bombardeos. Muchas personas, no solamente italianas y alemanas, sino también de origen balcánico y, naturalmente, algunos ingleses y franceses extraviados, buscaban inmiscuirse en nuestros conciliábulos, empeñados en que se olvidaran las indefinibles funciones que habían ejercido durante el régimen de opresión, y limosneaban cualquier tarea que pudieran realizar como pretexto si alguna

vez los buscaban los servicios de seguridad anglosajona. Solamente nosotros, junto con los diplomáticos neutrales, teníamos acceso al Vaticano, y los más encantadores *monsignori* se ofrecían a facilitar nuestra misión. Dos conventos célebres abrieron sus dependencias mientras se acondicionaban locales adecuados en los hospitales, repletos ya de prisioneros y de heridos graves. Y, paralelamente a esa actividad, me sucedió que tuve que ocuparme de un asunto mucho más delicado: se trataba de recuperar a los niños israelitas que habían sido dispersados en diferentes congregaciones religiosas bajo los cuidados de la clerecía romana; eso había tenido que hacerse muy rápido, y sólo más tarde comprendí que se había cambiado su estado civil no únicamente para sustraerlos a la persecución…

Pero antes de decirles cómo realicé mi tarea, me place evocar en qué estado me encontraba yo misma durante esas semanas inolvidables… En medio de tantas agitaciones y angustias, en el marco soberbio de esa ciudad que tanto ha visto desde sus orígenes, en la ansiosa espera de las horas dramáticas en que tendría lugar su liberación, y con esa sensación de bienestar propia de los ángeles de la guarda de la que gozábamos nosotros en medio de la inseguridad general, a pesar de los mil detalles dolorosos que hubo que soportar, le tomé extrañamente gusto al espectáculo, me sentía vivir con impetuosidad: el contacto con los soldados heridos, los cuidados que les prodigaba, la infalible atención que mis encantos despertaban en los heridos de poca gravedad y, a pesar de una primera repugnancia muy pronto superada, las caricias —que no reprimía— a unos y a otros, una mezcla de coquetería y naciente afecto maternal, el halagüeño placer que me proporcionaban a mí misma los breves consuelos que les procuraba —a un apuestísimo paracaidista alemán, alto adolescente de apenas dieciocho años, que tocaba con la armónica canciones melancólicas, o a un pequeño siciliano moreno y frágil que, a pesar de su atroz herida, me sonreía con gracia entre sus labios bien dibujados —… En semejante ambiente, ¿qué joven no encontraría ocasión para precipitarse de una locura a otra?, ¿qué

muchacha sin compromiso resistiría?

El hospital militar que tenía que visitar todos los días estaba instalado en un antiguo palacio de los príncipes de V., rodeado de jardines. Una vez franqueado el cordón de centinelas, se pasaba bajo el porche de un suntuoso portal, en un alto vestíbulo con columnas. Ahí nacía una vasta escalera con pasamanos de mármol, flanqueada de estatuas y de bustos; yo la subía todos los días entre una movediza valla de prisioneros, de enfermeras, de mensajeros, de policías militares que formaban grupos en los escalones, en una confusión indescriptible que evidenciaba el nerviosismo general en vísperas de la entrada de los aliados. En el primer piso, por una alta puerta de dos hojas, maravillosamente esculpida pero de la que habían arrancado los entablamientos para reemplazarlos por vidrios, se penetraba en una ostentosa sala, dividida para las circunstancias en diferentes secciones de enfermos y heridos, según la gravedad de los casos. Allí pasaba una parte de mis tardes, allí encontraba al pequeño siciliano y a muchos otros muchachos que habían llegado a serme familiares. El mayor italiano que se hallaba de guardia ese día —las tropas aliadas tenían que entrar en Roma de un momento a otro— me recomendó vigilar el comportamiento de un herido alemán que acababa de sufrir un agotador reconocimiento. Ya me había fijado en él en mis visitas anteriores, pero como estaba acompañada, no le había dirigido más que una ligera sonrisa de compromiso. Louise, nuestra vigilante, estaba ya bastante molesta. Oficial de alto grado de la SS, decían, tenía muy buena presencia; vaya que sí, era un hombre guapo de treinta a cuarenta años como mucho. Sola, sin peligro de ser observada por compañeras inoportunas y chismosas, fui a sentarme a su cabecera. Parecía dormitar, envuelto en sus mantas. Con mi pañuelo, le sequé la frente, perlada de sudor, y espontáneamente extendí mis dedos sobre ella. Vi cómo brillaban mis uñas en los cabellos rizados de ese hombre tan apuesto y me sentí por completo Armide acariciando a Renaud, cuando me sacó de ese principio de ensueño una violenta pelea entre dos mayores y el vigilante de la sala. Uno de los dos médicos,

alemán, se quejaba ante su colega italiano de no encontrar ni rastro de un herido operado por él hacía una semana. «Desde la partida de los suyos, ha cambiado el reglamento», declaraba el italiano. «¡Qué desorden, qué inconcebible desorden!», respondía el alemán. Mientras, Von A. —no supe su nombre hasta más tarde, pues la ficha médica que colgaba de la improvisada mampara sólo aludía a las heridas graves —, Von A., decía, se despertó. Sin duda había oído los gritos de indignación proferidos en su lengua materna. Como yo lo miré de nuevo, me dijo, con los ojos entrecerrados, en excelente francés: «Más, más, eso me hace bien, su mano pura y fresca…». En ese momento, el mayor alemán pasó lanzando miradas desesperadas a derecha e izquierda, se detuvo ante la cama de Von A. y, al verlo adormilado, se fijó en mí y me saludó con cortesía. «Perdón, *Schwester*, ¿sólo hace unos días que está ahí?». «No», respondí, «hace un mes». Él dio media vuelta y yo me levantaba ya para ofrecerme a ayudarlo en su búsqueda cuando unos brazos me tomaron por la cintura. Me volví y caí sobre la cama del bello oficial. «*Schwester*», susurró incorporándose con dificultad, «*Schwester*; no quiero irme así… Nos han mentido, he mentido a los demás, somos peor que caníbales… Quiero regenerarme… Usted puede hacer de mí otro hombre… No volveré a ver a Malwyda… ¡Oh, se parece usted tanto a Malwyda!». Y, cada vez más jadeante, prosiguió: «¡Oh, los niños que me habría dado Malwyda!… ¿Por qué no darme niños como lo habría hecho Malwyda?». Esa ola de autoacusación, ese brusco sentimentalismo en un herido grave me asustaban. En verdad, eso sobrepasaba mis experiencias anteriores.

Venciendo un tanto mi turbación, le pregunté tontamente: «¿Malwyda es su… prometida?», y, para no perder mi aparente desenvoltura, le arreglé las almohadas. Entonces, mirándome con sus ojos de un azul intenso, exclamó: «¡Malwyda!… ¿Comprometerme yo cuando tenía a Malwyda?… ¡Es mi hermana! ¡Cómo podía querer tener hijos de alguien que no fuera mi hermana! Esbelta, bella…, seria como usted…». «Todavía está medio dormido… Siga durmiendo». Ésa era una de las salidas de Louise, de la que

me servía a veces, y que usé para ponerme a salvo de ese borbotón de confidencias. «¡Yo no soy Malwyda! ¿Quiere que le haga llegar un mensaje?». Él se había puesto soñador: «No sé dónde está ahora… Debe de haberse ido a Hamburgo», e hizo un gesto cansino con la mano. Después, mirándome, dijo: «Pero usted está aquí…, usted está aquí y no viene a verme nunca. Es… una actitud muy digna…, lo entiendo, lo entiendo…». «Ya ve», dije, no sin cierto tono fanfarrón, comprensible en la idiota que era entonces, «todo llega: ¡hoy estoy aquí!». Y diciendo eso, con las manos juntas sobre las rodillas, crucé las piernas, una pantorrilla sobre la otra, de manera muy ostensible. Él me miró y sonrió con cierta amargura; enseguida frunció las cejas y, con un tono más grave, dijo: «Usted puede hacerme un favor», y se puso a hurgar en su camisa, colgada encima de la cama. Sacó del interior una pequeña cruz. Cuando la tuvo entre sus dedos me di cuenta de que estaba unida a una llave muy trabajada, aparentemente antigua, que colgaba de ella. «Usted puede hacerme un favor», repitió y después se interrumpió; con una expresión un tanto asustada, añadió: «No, no es posible», y se dejó caer de nuevo sobre el lecho. «Esa llave abre un… tabernáculo». «¿Cómo?». «Sí, *Schwester*, abre el tabernáculo de una pequeña capilla. Yo deposité allí las cartas de Malwyda antes de salir para Anzio». «¡Qué idea!… ¿Cómo ha podido…?». Él dijo que si las llevara consigo en caso de que muriera, esas cartas podrían ser devueltas a su familia, lo que provocaría un gran escándalo. Agregó que en ese inviolable lugar estaban más que seguras. Yo lo escuchaba desconcertada, porque, o el joven seguía delirando, como me lo había parecido desde el principio, o, si ahora me decía la verdad a mí, a la que no conocía, por así decirlo, ¿a qué venían tantas misteriosas precauciones? Sin poder distinguir lo que era invención de aquello en lo que era sincero, consideré mi deber creerle y aventuré: «¿Por qué precisamente en un tabernáculo?», pues nada me era más odioso que ese accesorio del rito romano. Enseguida me respondió algo aún más desconcertante: el contacto de esas cartas con el Santo Sacramento podía influir en su relación

con su hermana. Me preguntó de inmediato si yo era católica y como rechacé firmemente esa suposición, diciendo que era hija y nieta de pastores calvinistas, comentó que yo no podía comprender en absoluto su acto, porque la «presencia real» no existía para nosotros. No quise aclararle la inexistencia de semejante dogma en mí y, negándome a entrar en un debate de ese tipo, me limité a decir que un tabernáculo no era de ningún modo inviolable, y que, por otra parte, el hecho de que él poseyera la llave de semejante objeto pretendidamente sagrado lo demostraba a la perfección. ¿Quién se la había dado? Él pretendió que se la había entregado el capellán italiano de su cuartel general en Roma, y como no di muestras de creerle, añadió, como única explicación, que los alemanes habían fusilado a ese cura tras acusarlo de espía. Pensé que era mejor callarme y fingí cierto distanciamiento; pero él no tardó en sacarme de él y, tomándome la mano, me preguntó si tenía algún inconveniente en ir a sacar por él esas cartas del lugar en que se encontraban. «¿Yo?», dije fingiendo asombro, aunque todavía dudaba de que fuera cierto. Pero quiso convencerme de que, por ser ahora la única que sabía lo que acababa de decirme, sólo yo podía hacer eso, ya que, además, en mi fuero interno creía no tener nada que temer de la «presencia real». Sin duda tenía razón, pero, para poner a prueba la veracidad de su historia, le recomendé entregar esa llave al capellán del hospital, que pasaría en breve. «De ningún modo», dijo él, «no me fío de los curas de aquí; ¡son todos unos espías!». Y escondió la llave bajo su almohada.

Me quedé perpleja. Un no sé qué de irreductible y de tenebroso traslucía ahora el rostro de ese bello muchacho del que me había parecido tan fácil ocuparme al verlo adormilado. ¿Necesito advertir ahora que nunca he tenido ningún olfato para diferenciar a un enemigo de cualquier otro hombre?; mi propia familia, demasiado ramificada en distintos países de Europa, no había tenido al cabo de los siglos más enemigo que el Papado, no había tenido otra patria que el Libre Examen. Después de la revocación del Edicto de Nantes, yo sabía que la vida no soportaba la libertad evangélica: en muchos aspectos, Roma había

vencido, no porque fuera la Iglesia, sino porque la vida desafía la condena que le impone el Evangelio. Y, llevando hasta el absurdo la capacidad de practicar el libre examen, yo había optado por ese reto, menos por amor a la vida que para afirmar lo que entonces tomaba por libertad. A partir de ese momento, todo lo demás, es decir, el porqué de los combates actuales, el porqué de unas maneras de vivir y de pensar humanas y agradables y otras deliberadamente atroces, todo se relacionaba con esa libertad de opción en favor o en contra de la vida. Lo que yo no comprendía era con qué derecho podía uno prohibir a los demás esa libertad de opción aunque su opción fuera la peor. ¿Trataba sólo de comprender? La caridad vino en mi ayuda: ¡basta de problemas! Enrólate en la Cruz Roja: ¡cuidarás indistintamente, como si fueran infortunados ciegos, tanto a «culpables» como a «inocentes»! ¿Qué era la guerra para mí? Un aspecto tumultuoso de la vida: un agrupamiento de muchachos cuyo destino era golpear, saquear, quemar, poco importaba en nombre de qué; nosotras, las mujeres, estábamos allí para cuidarlos, para calmarlos, para distraerlos; ¡había sido así, y siempre sería así! Y he aquí que la guerra, que en tanto que mujer pensaba poder afrontar en los incidentes fortuitos que la configuraban, como por ejemplo el encuentro con Von A., la guerra me abrumaba con su aspecto más horripilante: ¡la conciencia del deber! Y, en efecto, si esa llave era realmente la de un tabernáculo y éste contenía algunos documentos secretos, la más elemental lealtad exigía que yo misma revelase ese asunto al capellán del hospital. Pero eso me repugnaba sobre manera. ¿Qué necesidad tenía de mezclar al mundo exterior en ese conjunto de coincidencias que atañían a mi propia iniciativa? En ésas estaba cuando, en el colmo de la mala suerte, vi aparecer a la insoportable Louise. Enjuta, ojerosa de tanto quedarse en vela, era el tipo perfecto de la solterona endurecida, aguerrida, orgullosa del holocausto de sus cuatro sobrinos muertos en distintos frentes. La austeridad, el duelo, el valor y la resignación se habían encamado en ella, viva negación de todos los goces tanto permitidos como prohibidos; en una palabra, era el poderoso

argumento que me reducía al silencio. No es extraño que yo la detestara soberanamente. Desde que me vio en la cabecera de Von A., empezó a hacerme gestos imperiosos. Lentamente, lo más lentamente posible, me levanté, lanzando una mirada hacia Von A. Pero él mismo, tras reconocerla —él la encontraba inaguantable—, se había vuelto enseguida hacia la pared, lo que acabó de ponerme de mal humor. Cuando estuve ante Louise, ella tenía los brazos en jarras: «Le he prohibido ocuparse de esa clase de heridos, pequeña, no es de su incumbencia». «Usted no puede prohibirme nada», repliqué, con los ojos puestos en las múltiples condecoraciones que adornaban su plano pecho, «no soy profesional sino voluntaria…». «Sin tener en cuenta su impertinencia, de la que ya hablaremos, le pido que se atenga a la disciplina». «Pregúntele al mayor italiano si no me rogó que hiciera guardia en esta sección». «Pues bien, Roberte, ya no hará más guardias. ¡Regrese al centro, ya es hora!». En vista de eso, abandoné la sala, decidida a regresar en cuanto Louise hubiera acabado su propia inspección; para ella la inspección se limitaba ese día a inclinarse sobre su consentido de tumo: un horrendo gordito, pequeño viajante de comercio bordelés, alistado en la LVF, que había sido herido levemente en un bombardeo sobre las carreteras antes de que pudiera llegar a Austria y alcanzar el frente ruso. Tuve tiempo de bajar por la gran escalera y de solazarme con la visión de dos soberbios adolescentes en camisa negra, correos, creo, no sin reprocharme mi exabrupto contra la pobre Louise. ¡Cómo hubiera disfrutado si me hubiera descubierto pasmada ante esos jóvenes! Cuando al fin la vi salir acompañada del mayor, me escondí detrás de una estatua del barandal, una réplica del joven *David* de Donatello y, mientras admiraba sus delicadas coyunturas, no pude dejar de pasar el dedo sobre la curva de sus piernas. Delante de mí, dos *versaglieri* que me observaban, asombrados sin duda al ver a una enfermera hasta tal punto ociosa, cambiaron una mirada, y uno de ellos se inclinó hacia mí y me preguntó: «¿Busca usted a alguien, Signorina?». «No, no», dije, «creí que me había equivocado de escalera», y tras subir

los escalones apresuradamente, entré de nuevo en la sala. Radiante, fui a sentarme de nuevo junto a mi Renaud. «Se fue usted tan pronto… Por la vigilanta, ¿verdad?», y, como no contesté nada, añadió: «Es usted tan mala como Malwyda, también en eso se le parece». «Está bien, como quiera… Y esa capilla, ¿dónde está?». «Aquí mismo», dijo él, señalando con el índice hacia el suelo, «es una cripta, sólo hay que bajar unos escalones… Pero no, *Schwester*, usted no lo hará». «¿Va a darme esa llave?», dije tendiendo la palma de la mano. Puso en ella la llave, la quitó: un pretexto para agarrarme los dedos. Detrás de la puerta de cristal vi al capellán charlando con el mayor; se disponía a entrar. Creí que debía apartar mi mano; mi reloj de pulsera marcaba las seis, otros heridos me esperaban. Creyendo que iba a irme, dijo: «Espere», y, apoyándose en los codos para incorporarse, habló con la misma precipitación que al principio: «Allá abajo hay una cosa muy importante, incluso espantosa, y, desde luego, no se lo diré a ese jesuita», y señaló al capellán que, sin dejar de hablar con el mayor, mantenía la puerta entreabierta. «Pero a usted, a usted, mi ángel…». Entonces, después de mirarme un momento, con la llave sobre sus labios, su voz se hizo casi ceceante como la de un niño que pide algo que sabe prohibido: «¿Podría concederme algo?… ¡Oh, no correrá ningún peligro!», y mientras yo esperaba sacarle no sé qué confesión que sin duda me desbordaría, añadió: «Usted sabe el valor que tiene para un hombre contemplar lo que ya no puede poseer de otra manera», y pasando ligeramente el dedo sobre mi blusa y rozando el contorno de mis pechos, comentó: «¡Qué espléndidos los tenía Malwyda!». Yo había retrocedido, y no pude evitar un ligero estremecimiento. «¿Qué daño puede hacerle?», agregó con cierta torpeza tudesca. En ese momento, yo no reaccioné como lo habría hecho en mi lugar cualquier otra joven. Incluso puse cara de reflexionar, con la cabeza inclinada hacia un lado, los ojos entornados, mirándolo con el rabillo del ojo. En efecto, eso no podía hacerme daño alguno, sólo podía costarme un puro y simple despido, y eso en el caso de que se franqueara a otras mujeres con la misma brusquedad. Sin embargo,

consideré que eso sería improbable, y me parecía del todo estúpido negarle a un ser tan maltratado una fantasía tan ingenua. Pero estaba hasta tal punto intimidada por Louise que creí que no debía conceder ese sencillo favor sin que eso redundara en beneficio de mi misión. «¡Sea!», dije, con las mejillas arreboladas, «pero antes deme esa llave». Él no pudo reprimir los arrebatos de un asombroso agradecimiento, y, en su alegría, me tomó las dos manos y quiso todavía poner a prueba la sinceridad de mi aquiescencia; pensaba que no la merecía si antes no se entregaba a una difícil confesión: «¡Usted no sabe todo lo que he hecho!». Pero yo, pretextando no querer saber de ningún modo lo que no obedecía sino a la fatalidad de los acontecimientos, me limité a preguntar qué era esa cosa tan importante y espantosa que, según me había dicho, se encontraba en la cripta. Él se tomó un respiro y se bebió de un trago un vasito de coñac; sin duda necesitaba animarse para soltar al fin cosas menos elegiacas que las anteriores. Evidentemente inspirado por lo que yo acababa de prometerle, empezó por dirigirme un cumplido, diciendo que yo parecía ser una muchacha que no se asustaba de nada; e, interrogándome una vez más con la mirada, hizo un gesto como dibujando un recinto. Durante algunas semanas, comenzó, le habían encomendado la vigilancia de un campo de rehenes. Para él tampoco había sido divertido; y, en efecto, muy pronto había recibido la orden de mandar a algunas familias judías a Alemania. Mientras decía eso, buscaba el menor signo de indignación que yo pudiera traslucir, y, para evitarlo, agregó que había ejecutado esa orden bajo la amenaza de graves sanciones. Mientras yo ponía cara impasible para no abrumarlo más de lo que notaba que estaba, añadió un detalle que sin duda intercalaba como una circunstancia atenuante; dijo no haber tenido la fuerza de embarcar a los niños y que, persuadiendo a su colega de la utilidad que tenía conservarlos, les había evitado de ese modo la deportación; y poco después había logrado confiarlos a ese capellán italiano con la condición expresa de tenerlos a su disposición, en caso necesario. En ese momento no pude dominar los reflejos heredados desde la Revocación,

y, con tono de diaconisa, dije: «¿Así que no hubiera dudado en mandarlos a su vez en caso de que le hubieran amenazado?». «¿Qué quiere usted?», dijo, «estaba decidido a sobrevivir». Una vez más, la respuesta me salió sola: «¿Ése es el honor del soldado?», como si Louise me lo hubiera soplado al oído, y agregué con énfasis: «¡Siempre nuevas víctimas, siempre nuevos inocentes, a pesar de la presencia real!». Pero, en mi interior, lo odiaba más por su agradable aspecto que por esos desdichados niños, y poco faltó para que en un impulso irresistible de mi propia carne, ignorando las miserias que había provocado, llegase a detestar a las víctimas para no aplaudir más que su propia franqueza. Él se había interrumpido y, como yo traté de averiguar el destino de ese capellán, pareció como ausente, murmuró no sé qué en alemán, se subió las mangas y se abrió la camisa. Tendió el brazo hacia un frasco de alcohol, pero, sin saber por qué, yo había puesto la mano sobre ese frasco y nuestros dedos se encontraron. «Una ligera fricción», pidió mientras esbozaba una amplia sonrisa, y, con un trozo de algodón, le froté en la nuca y sobre las sienes mientras él aspiraba con fuerza los efluvios; eso me permitió insistir otra vez. Con nuevos ánimos, pareció tener menor dificultad en recapitular ese pasado reciente, porque, al hacerme oír lo que seguía, pensaba quizás absolverse a mis ojos. Al contrario, iba a recordarme mis obligaciones sin sospecharlo en absoluto. En efecto, tras decirme que ese capellán se había ocupado de poner a los niños judíos a salvo de sus perseguidores en diferentes conventos, yo misma me sobresalté, literalmente aliviada de encontrar en este punto una razón válida para prestar a Von A. más atención de la que le debía. Él continuaba hablando con un tono casi de recriminación. Las SS le habían reclamado esos niños, se abrió una severa investigación. Como medida disciplinaria, lo habían enviado al frente, a Anzio, y entretanto fusilaron al cura. Se detuvo, con el mentón apoyado en el hueco de la mano. ¿Iba yo a seguir esa pista? ¿Tomaría la ruta de las jóvenes que querían ser útiles?; sin duda Von A., si aceptaba seguir hablando, me daría más detalles. «Un verdadero mártir, ese cura», insinué.

Él repitió una vez más que era un espía y que no tenía de cura más que la sotana. Yo no comprendía todavía que se trataba de una actividad clandestina, y que el cura no era un miembro de la resistencia ni un héroe, sino un perfecto estafador: bajo el aspecto de un acto caritativo había logrado que las familias amenazadas le entregaran por cada uno de sus niños un verdadero rescate. En una palabra, quiso confundirme por completo y se puso a hablar de las anteriores relaciones que había tenido con ese Vittorio, como él lo llamaba, del que decía que pertenecía a la antigua nobleza romana y con el que se había relacionado en la Universidad de Bolonia. Vittorio, muy enamorado de Malwyda, esperaba compartirla con él; pero Von A., claro está, se había opuesto; Vittorio le había guardado rencor y, en el momento en que había estallado el conflicto entre Ribbentropp y Ciano, trabajaba contra el Duce y el Führer, navegando entre Ciano y el Vaticano; resumiendo: era una moneda falsa. Interrumpió de pronto esa especie de oración fúnebre que yo apenas podía seguir. Molesto por el fuerte olor a éter que salía de la cama vecina, detrás de la mampara, expresó la necesidad de tomar el aire un instante y me suplicó que lo sostuviera. Mientras le pasaba el brazo alrededor del torso, sacó sus piernas del lecho y se calzó las botas. Desde el fondo de la sala, el vigilante le hizo un gesto de negación: la hora de la salida había pasado y la llamada de entrada estaba cerca. Von A. señaló la alta ventana que había enfrente y, cuando se levantó y vi su alta estatura, tuve un ligero temblor al sentir su brazo sobre el mío. Nos dirigimos hacia la ventana, que se abría a un balcón. Una vez fuera, en el aire que la tormenta había refrescado, bajo un cielo borrascoso y que se abría muy bajo sobre un horizonte turquesa, contemplamos entre dos altas casas las cúpulas y los techos de los edificios coloreados por los fuegos del poniente. En el jardín, el surtidor de una fuente volvía a caer en su pila entre las ramas de los magnolios, y los pasos regulares de una pareja de centinelas sobre la grava, el murmullo del agua y el rumor de la ciudad se mezclaban con el rugir de los cañones. Un muro separaba el jardín del

hospital del de un claustro. La campana llamaba a vísperas exactamente en el momento en que Von A. se apoyó sobre la balaustrada del balcón. Su bella fisonomía se perfiló sobre el fondo del cielo, y yo dejé un instante mi mano bajo su brazo. Desde el interior no podían vemos a través de los vidrios, ocultos por los batientes de la ventana que habíamos cerrado detrás de nosotros. Aquí, frente a la Ciudad Eterna, la guerra y los sucesos se disolvían en la sensación viva pero breve de una vida deliciosa. Él movió la cabeza en silencio, con la mirada puesta en los monumentos de un mundo desaparecido, y ya parecía haber olvidado sus últimas palabras cuando, de repente, señalando la cúpula de San Pedro, declaró: «¡Y pensar que yo iba a raptar a ése!». «¿A ése?», pregunté, «¿quién es ése?». «¡Pío XII, *Donnerwetter*! ¡Iba a llevarlo como rehén a Nüremberg!», y se puso a reír a carcajadas, como un niño malcriado. Y apretándome ligeramente el hombro, añadió: «El loco de Heidi me había propuesto este tipo de misión. ¡Aquí, en Roma, pensaba restablecer Júpiter Capitolino!». Vociferaba tan alto que los centinelas se detuvieron y levantaron la vista hacia el balcón. «*Prego, silenzio, signore commandante!*», dijo uno de ellos, pero también se reían. «Esa operación se llama "Apóstata" y tal vez se lleve a cabo algún día…», continuó, riéndose. «¿Entiende?, yo me habría encargado de ello con unos cuantos más para evitar ir al frente ruso, y además esperaba encontrarme a Vittorio… Ese canalla me hizo creer que Ciano nos apoyaba en ese asunto y que él mismo había tomado las órdenes para vigilar mejor a Monsignor T. en el Vaticano… ¿Cree usted que yo creí alguna vez en el éxito de semejante payasada?… Pero él, para darme confianza, se la tomaba en serio, y, así, luego podía informarse de cosas realmente importantes…». Había dejado de reír, y apoyó los codos, inclinándose hacia el jardín: «¡Pobres imbéciles de nosotros!». Gesticuló en el vacío, y después añadió: «Cuando lo vi, la víspera de su ejecución, me entregó la llave del tabernáculo… El Santo Sacramento había sido retirado de la capilla evacuada… Por tanto, podía tener acceso al secreto que se practica allí sin necesidad de recurrir a un cura…». Esta

última frase me sonó extraña. «¿No me ha hablado hace un rato de cierta influencia de la "presencia real" en sus relaciones con Malwyda?». «Yo le he dicho eso…», dijo él con aire soñador, y no hubiera podido decirse si lo afirmaba o lo preguntaba. «¿Cuándo depositó usted esas cartas, antes o después del arresto de Vittorio?». Se llevó la mano a la frente, como si él mismo no pudiera seguir ya el hilo de lo que me había contado al principio. «… Antes, por supuesto… Antes, desde luego…». «Entonces, ¿sólo él hubiera podido ponerlas allí, puesto que celebraba misa en esa capilla?». «Sí, en efecto… Pero después de mi regreso del frente, se vuelve a decir misa allí… La "presencia real" me prohibía el acceso al tabernáculo. Ésa era la trampa…». Y, con los codos apoyados todavía en la balaustrada, escondía la frente en los brazos. «¿Una trampa?», pregunté, «¿la "presencia real" sería entonces una trampa?», y no pude dejar de rozar sus cabellos con mis dedos. Él levantó la cabeza enseguida. «*Schwester*», dijo, «¿estaría dispuesta a testificar en mi favor si alguna vez se encuentran esos papeles?». «¿Qué papeles?». «*Schwester*, nunca han existido esas cartas de Malwyda…». «Pero…», dije presa esta vez de una ansiedad más y más grande. «Allí abajo no hay nada, nada… salvo la lista de niños judíos…». Yo callaba, estupefacta. Interiormente estaba feliz. «¿Por qué no lo dijo desde el principio? ¡Es maravilloso, los padres recobrarán a sus hijos!». «¿Los padres? ¿Los padres?… ¡Está usted loca, *Schwester*!». «¿Para qué esa extravagante historia de cartas confiadas al Santo Sacramento? Usted se acusaba de lo peor…». «¡Esa lista representa para mí la horca, *illico*!». Y se cubrió el rostro con las manos. «No desespere ahora», dije, «haré cualquier cosa por sacar de allí esos papeles». «¿Sabrá guardar silencio, *Schwester*?». «¡Se lo juro sobre el Evangelio!». «¡No! ¡Oh no, no haga tal juramento, *Schwester*!…». Y de pronto, me abrazó con fuerza y me apretó contra él. «¡Hace un rato… usted me prometió algo, *Schwester*!». «Se lo prometí, en efecto…», balbuceé, súbitamente aturdida al verlo pensar todavía en ese detalle. «Entonces, ángel mío, cumpla primero su promesa y después ya jurará sobre el Evangelio…». «Tiene razón», dije tratando

de librarme de su brazo, «es verdad que yo nunca juro…». «¡Su promesa, ángel mío, su promesa realizada será la prenda de su palabra!». «La prenda de mi palabra», dije, sofocada, «¿no le he creído yo, yo, sin exigir pruebas?». «Usted exigía la llave…». «¡Sólo para ayudarlo!…». «¡Sólo para hacerme ahorcar!», empezó a gritar. «Ya no sabe lo que dice, y no ha dejado de mentirme». «¿De mentirle?», dijo él, y me soltó bruscamente; pero sólo para tomarme la cabeza con las dos manos, y, mirándome directamente a los ojos, preguntó: «¿Cree que sigo mintiendo?». «¡Pues sí, todo lo que quiere!». «¿No me cree capaz de haber separado a los niños de sus padres y sus madres?». «¡Cállese!». «¿De haber enviado a sus padres al horno crematorio?». «¡No lo creo!». «¿Quiere que me cuelguen, lo desea con todas sus fuerzas?», me preguntó, mientras con los dos brazos me levantaba por encima de la balaustrada. «¡Déjeme o grito!». «Un solo grito y la tiro», y llevó la mano al cuello de mi blusa e hizo saltar el botón. «¡Aquí no!», exclamé, «¡aquí no, nos están viendo!». Pero mi blusa se había roto y su larga mano se deslizaba bajo mi corpiño. «Pequeña espía», susurró, hundiendo los dedos en el hueco de mis axilas, «¡falsa pequeña enfermera, perfumada y maquillada para excitar a los heridos, sonsacar a los prisioneros de guerra, alimentar la horca!». Yo, por supuesto, me debatía y no paraba de abofetear a ese loco. «Otra vez, otra vez», se burlaba, «Malwyda sabía defenderse mejor», mientras mis manos se agitaban y mis uñas brillaban sobre sus mejillas y trataban de arañarlo. Por primera vez, un hombre se atrevía a hacerme eso, y yo maldecía no la terrible suerte de esos judíos separados de sus hijos, sino el pretendido castigo del cielo que no había caído sobre él en Anzio, sólo para exacerbar su necesidad de vivir. Muy pronto mis manos se calmaron, y, mientras mis palmas buscaban sus labios, caí fuera de ese mundo en el que me habían enseñado a hacer actos de abnegación y de sacrificio, de caridad. Cuando hubo logrado desnudarme los pechos, comprendí de inmediato hasta qué punto me eran indiferentes los heridos y los muertos, los deportados y los perseguidos, los supliciados y sus verdugos, las atrocidades y el castigo por esas

atrocidades. En ese instante, vi cómo mis pechos se levantaban y florecían a mi pesar, dóciles bajo esas manos extrañas. Eran las manos de un enemigo, un criminal y mutilado; y hubiera hecho falta que yo, la «enfermera perfumada y maquillada», se le entregara totalmente para que me diera cuenta de la gravedad del momento. Pero de todo esto no debería sacar ninguna consecuencia.

Apenas había besado Von A. la punta de mis pechos cuando se apartó, casi asustado, y me tomó las manos. «¡Perdón!», dijo, «¡oh, perdón, no quería eso!». «¿Cómo?», dije yo, recuperándome poco a poco de mi emoción, «¿usted no quería eso? Por una vez que no tenía nada de que arrepentirse…». «*Schwester*, ¿qué le importa a usted eso? Es usted, me temo, la que tendrá siempre de sobra la fuerza para no arrepentirse nunca de nada…». Entonces los batientes de la ventana se abrieron de par en par. En el quicio estaba el mayor italiano, pero tras él surgieron los cascos blancos de dos robustos miembros de la policía militar estadounidense. La vanguardia aliada acababa de entrar en Roma y hacía ya pesquisas en todas partes en busca de los restos del ejército de Kesselring. «Una mera formalidad», comentó el mayor cortésmente. «¿Qué quieren de él?», exclamé dirigiéndome en su idioma a los dos muchachos, que tenían un aspecto amenazador. Pero sus caras color ladrillo, con gafas negras, permanecieron impenetrables. «Está apenas convaleciente…», añadí y miré al mayor. «¡Lo saben, Signorina, cálmese, en nombre del cielo!». Von A. se había vuelto y se inclinaba hacia ellos, arqueando las cejas con el aire de decir: «¿ya?», mientras sonreía mostrando sus hermosos dientes. Me invadió entonces una especie de vértigo: él se había alejado y acababa de entrar solo en la sala. Colocándose entre los dos policías militares, me hizo una seña con la mano y me dijo: «¡A nosotros, los que no nos arrepentimos de nada, a nosotros también nos llega la hora!». Ya solamente lo veía de espaldas, sostenido por los dos soldados esbeltos y flexibles. Él mismo caminaba un poco encorvado, con la cabeza hundida entre los hombros, echando hacia delante sus largas piernas de una manera un tanto brusca e irregular. Yo me había quedado en

el balcón, dándole la espalda a la ciudad, con las manos apoyadas en la balaustrada. En el interior, la confusión había vuelto a empezar alrededor de diferentes camas y me sentía incapaz de regresar a la sala. Un asco insuperable me oprimía la garganta. Me incliné hacia el jardín: de Roma subía un formidable tumulto. Se me nubló la vista y me di cuenta de que lloraba. Me arreglé un poco los cabellos, me abroché lentamente los botones de la blusa, e incluso pataleé de rabia, cuando mis dedos tocaron un objeto plano y metálico que había en mi corpiño: era la llave del tabernáculo. Y entonces me puse a besarla con fervor. Apreté en mi mano ese pequeño objeto del que ya me había olvidado por completo. ¿No era acaso la prenda de un pacto que acababa yo de cerrar con poderes desconocidos?…

Notas

[1] Este comentario implica muchas cosas: los dos compañeros de Antoine habían apostado con Vittorio a que le traerían los guantes de Roberte… ¡habiéndoselos quitado cuando ella los llevara puestos, de acuerdo con la apuesta! (N. del A.). <<

[2] Pierre Klossowski, *Roberte, esta noche*, Tusquets Editores, col. La sonrisa vertical 102, Barcelona, 1997. (N. del E.). <<